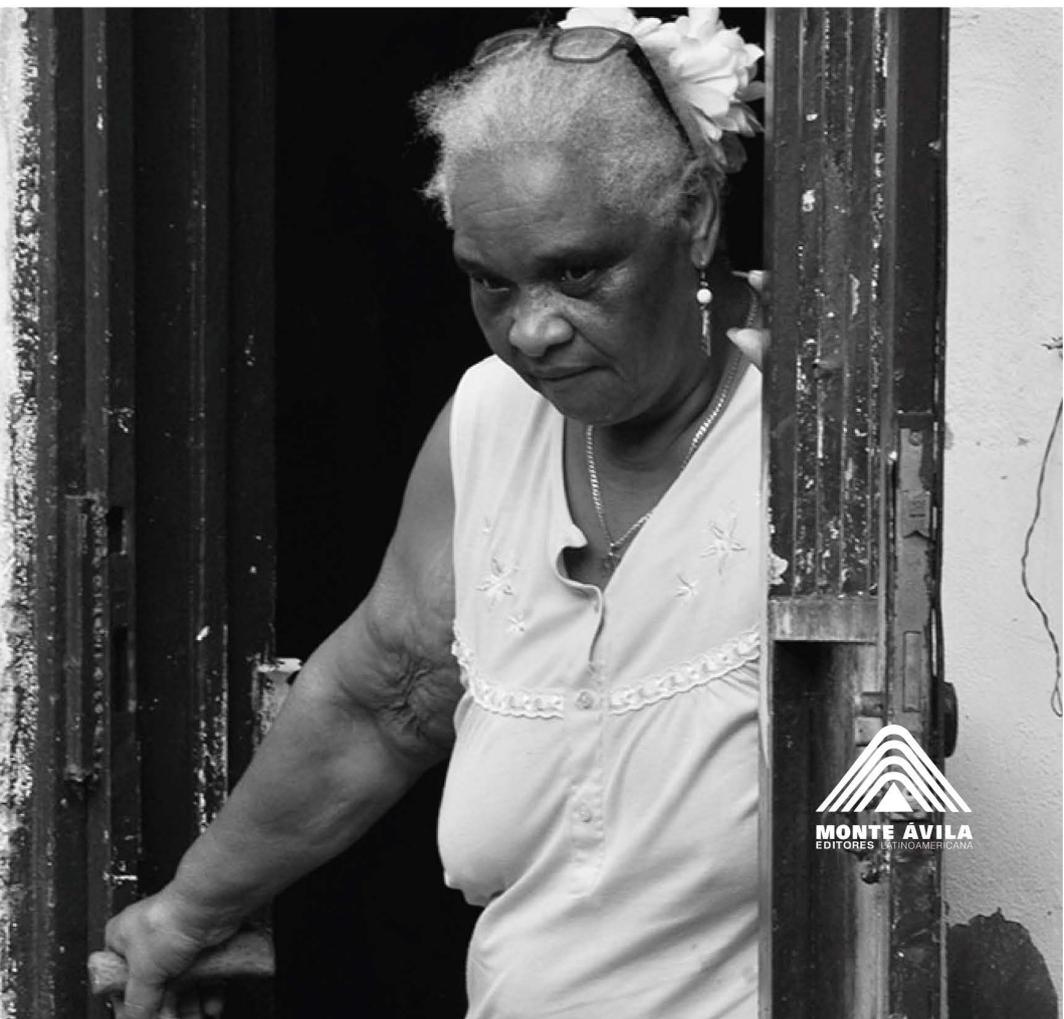


La Abuela Quisiera Contarte

María Eugenia Monzón

LAS FORMAS DEL FUEGO

INFANTIL




MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA





LAS FORMAS DEL FUEGO

La Abuela Quisiera Contarte

MARÍA EUGENIA MONZÓN

La Abuela
Quisiera Contarte

PREMIO DEL CONCURSO PARA AUTORES INÉDITOS
MENCIÓN LITERATURA INFANTIL, 2021



1.^a edición en Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2022

La Abuela Quisiera Contarte

© María Eugenia Monzón

MONTAJE DE PORTADA

Carolina Marcano, Greicy Letelier

FOTOGRAFÍA

Arturo Moreno

EDICIÓN Y CORRECCIÓN

Héctor González

DISEÑO, DIAGRAMACIÓN Y CONCEPTO GRÁFICO

David Arneaud

© MONTE ÁVILA EDITORES LATINOAMERICANA C.A., 2022

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 22, Urb. El Silencio,

Municipio Libertador, Caracas 1010, Venezuela.

Teléfono: (58-212) 485.04.44

www.monteavila.gob.ve

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

Depósito Legal N° DC2022001600

ISBN 978-980-01-2352-2

La Abuela
Quisiera Contarte

Sinopsis

LA ABUELA QUISIERA CONTARTE es en realidad la abuela Aura, quien construyó junto a su nieta Carolina los días de tertulias. Tertulias que comenzaron antes de cumplir Carolina los seis años y se prolongaron por años, transformando ese intercambio en un ritual que repiten las mujeres de la familia hasta nuestros días.

Al comienzo las visitas eran solo eso, visitas de la abuela con algunos días especiales de tertulia. Luego todas las visitas se transformaron en días de tertulia. Con largas conversaciones entre la abuela y la niña, en las que iban conociendo y reconociendo todo lo que pueden compartir acerca de un país y una familia que Carolina apenas comienza a entender como parte de su identidad.

Para algunos, las visitas de la abuela nunca han sido más que eso. Sin embargo, para Carolina son encuentros mágicos en los que se conjugan el intercambio de historias con la enseñanza y el aprendizaje. Para la abuela era un aprender haciendo, ejemplarizando las enseñanzas del maestro don Simón

Rodríguez. Juntas construyen la historia de la familia, partiendo de los saberes de muchas vidas. Visiones que se entrecruzan, agigantando el inmenso amor que sienten una por la otra.

Con la abuela, Carolina aprende a comer alimentos difíciles para el paladar de una niña. Cosas ricas que se emplean en la gastronomía venezolana desde tiempos remotos y hoy buscan su espacio en diversos escenarios gastronómicos del mundo. Así viajan por Venezuela, de manera real e imaginaria, dejando por momentos el rincón de las tertulias para compartir las experiencias con otros integrantes de la familia, permitiéndoles enriquecer las vivencias mientras conocen costumbres y tradiciones venezolanas. Estas conversaciones despiertan diversos aspectos de la identidad de Carolina que, de la mano de su abuela aprende del amor y el respeto por lo nuestro, avivando en ese mismo camino sentimientos de cariño en las relaciones con los adultos mayores y curiosidad por escuchar todo lo que los abuelos disfrutan contar.

Personajes: La abuela *Quisiera Contarte* (*la abuela materna Aura*); Carolina (*la nieta primogénita, compañera de tertulias*); el abuelo *Joven Aún* (*el abuelo materno Domingo, a su vez esposo de la abuela Quisiera Contarte*); *Concepción* (*la partera del pueblo*); José (el pescador de lebranches); Teresa (la señora de la frutería); Tomas (el vendedor de masa de maíz caria-co); Elena (la maestra); Gabriela, Ana y Santiago (los nietos casi primogénitos); Paolo, Miguelangel, Sebastián (los nietos intermedios) y Valentina, Sofia y Miranda (los nietos chiquilines); papás, mamás, tíos, tías, primos, sobrinos...

Los nombres de las abuelas

TE CUENTO QUE en el mundo las abuelas tienen (además de su nombre propio) un apodo particular que les puede ser dado por sus nietos. Apodos heredados o tomados de la niñez, de esos que se vuelven nombres propios en la intimidad de la familia para convertirse después en información de dominio público. Nombres particulares e íntimos que expresan cariño, calidez, paciencia, —confianza con un agradable olor a guayaba con queso— gusto a abrazos y sentimientos de protección y seguridad.

Para algunos, estos apodos pueden ser tan solo el recorte o contracción de una palabra o un nombre, para convertirse en Abue, Paty, Laya, Elo; para otros, la adopción de la palabra abuela en otro idioma o algún coloquialismo, así que pasan a ser la Ko'mai, Maita, Nonna, Amma, Senelé, Aboa, Ouma, Avoa o Grann, con tantos nombres como la diversidad lingüística del mundo pueda permitirlo.

En las familias con abuelas contadoras de cuentos, forjadoras de historia e identidad, las abuelas tienen nombres

que con dificultad se repiten en otros hogares. Este es el caso de la abuela *Quisiera Contarte*. Con nombre y también apellido, pues ella para todo es completa, como sus historias de cuentista: con inicio, desarrollo y final. Es la cuentacuentos, narradora, cronista y hasta historiadora de la familia de Carolina, conformada por más de 200 núcleos unidos tanto por lazos de sangre, como por lazos de amor, amistad, hermandad, vecindad y hasta afinidad. Familias que siempre tienen mucho que contar, arrebatando a cada día un inmenso trozo para compartir historias, relatos, mitos, leyendas y anécdotas con los más pequeños de la casa, invitándoles a conocer el mundo más allá de los libros, las películas y los videojuegos.

El nombre *Quisiera Contarte*, designado para llamar a la abuela Aura, proviene de una expresión que ella con frecuencia emplea para iniciar una conversación, tanto para temas que deban ser tratados en público como para aquellos más privados. Para ella, toda charla inicia con una frase que suena a exclamación: ¡*Quisiera contarte!*

Es así cómo un apodo (que al inicio era solo empleado por los nietos para referirse a la abuela Aura) pasó a ser su nombre oficial. Tanto así, que hasta los amigos y vecinos la llaman de esa manera, sin despertar ya ninguna sorpresa en persona alguna. Ya el nombre oficial figura hasta en las composiciones artísticas escolares en las que correspondía a los nietos representar a los abuelos.

El apodo antes del bautizo

COMO YA SABEN, el nombre real de la abuela *Quisiera Con-tarte* es Aura, que tiene una forma peculiar de hacer de sus visitas algo más que un encuentro entre nietos y abuela, siempre intentando fortalecer las relaciones causa-efecto. Uhm... Un poco complicado, ¿verdad? Pero fácil de entender cuando la explicación nace de su boca. Con ella todo es posible. Según dice, la vida es cortar y coser, pero sin implementos que corten o pinchen, visto que las abuelas en su fase de iniciación se relacionan con los pequeñitos de la casa y ellos tienen totalmente prohibido acercarse a objetos cortantes o punzo penetrantes.

Un cortar y coser que en realidad es un contar y crecer cuando se trata de pasar ratos escuchando los millones de cuentos de la abuela, que son a la vez consejos, enseñanzas y, además, una oportunidad para pasar el rato libre de las preocupaciones que puede llegar a tener una primeriza en el mundo de ser nieta. Estas inquietudes llevan a Carolina a preguntarse con relativa frecuencia ¿por qué debo acostarme

temprano? ¿Hasta cuándo podré salir a la calle con mi peluche preferido? ¿Cuánta sopa llegaré a consumir antes de hacerme mayor? ¿La zanahoria en realidad ayuda a mejorar la vista? ¿Si como mucha zanahoria me convertiré en conejo? ¿Hasta qué edad eres joven aún? Si el abuelo es el hijo mayor de la abuela... ¿Por qué su cabello es canoso y el de la abuela es marrón cobrizo, como el del cuchicuchi? Preguntas con miles de respuestas en el saber de esas lindas personitas que en cada familia tienen diversas formas, olores y sonidos. Todas ellas empeñadas en ayudar a escribir las páginas de la historia de la familia, que inicia mucho antes de la vida de las abuelas y están construidas con los retazos de muchas otras vidas, cuyos recuerdos se transmiten de generación en generación a través de las tertulias entre abuelas y nietos, hasta construir retratos hablados de la familia.

Es necesario aclarar que la abuela *Quisiera Contarte* es de verdad, ¡de carne y hueso! Su presencia se percibe antes de que aparezca en cuerpo entero, por su aroma a melao de papelón aromatizado con clavos de olor y canela. Es alta, delgada y un tanto flexible, con el cabello corto de color marrón cobrizo y la piel color caramelo. Nacida en Caracas (la cuna del Libertador), la abuela es una contadora de cuentos titulada, con manos ágiles capaces de atrapar en el aire tanto objetos como personas. Y esas mismas manos bordan, tejen, acarician, cuentan relatos a través de gestos y elaboran miles de ricuras para compartir.

La abuela conversa con soltura en español e inglés. Y hasta en un tercer idioma al que llama «lenguaje del aprendizaje», un trabalenguas creado para enseñar a los nietos a separar en sílabas las palabras. Tiene la fuerza y paciencia requeridas para lidiar hasta con diez nietos a la vez (Carolina, Gabriela, Ana, Santiago, Sebastián, Sofía, Miguelangel, Valentina, Paolo y Miranda). Es una mujer activa y jovial, dispuesta a trepar árboles y escaleras si la tarea es jugar a volar.

«¡Uy, no! ¡Demasiados nietos!», podría pensar cualquiera. Pero son pocos, considerando que la abuela tiene nueve hijos. Seis hembras y tres varones que hoy son las mamás, papás, tías y tíos de los nietos; y a la vez hermanos o primos entre sí. Sin dejar de contar al abuelo, quien, según ella, es en realidad su hijo mayor. Algo complicado también, ¿verdad? Pero fácil de entender cuando conoces al abuelo *Joven Aún*.

La abuela es por convicción una contadora de cuentos. Lo que hace a sus nietos valorar como un premio de la lotería del destino tenerla precisamente a ella como abuela o como compañera de tertulias. Para ella, hablar es narrar. El sonido de su voz te obliga a prestar atención hasta al más mínimo detalle y todo pequeño cambio de modulación, por lo grato que resulta escuchar sus altos y bajos, sus pausas y sonidos que simulan animales, cornetas, truenos, lloviznas suaves y hasta torrenciales aguaceros.

La abuela está enamorada de la narración de cuentos, historias, novelas, mitos, leyendas, chistes y hasta chismes. Sin embargo, lo que más disfruta por encima de todo, es escuchar.

—¡Sí! —dice la abuela— Yo voy a contarles lo que ustedes quieran. Cuándo, cómo y dónde quieran. Pero también quiero que me cuenten sus historias reales o de ficción, de terror o de acción. De niños y niñas que trepan árboles y luchan contra monos, arañas gigantes y culebras pitón.

Las de zombis le gustan menos, aunque son las favoritas de Santiago, Sebastián y Paolo, mientras Miranda y Sofía escuchan aterradas con sus cobijas tapando sus caras más arriba del mentón. Por su lado, para Ana estas historias son el preludeo de la que considera será su gran profesión, pues aspira a ser productora y directora de cine y televisión.

—¡Ajá! —exclama la abuela al traspasar la puerta de la casa de los tíos y percibir la carrera de los niños que corren para abrazarla y recibir su bendición. Complementando el saludo diciendo— ¡Desde aquí veo a unos chiquilines parecidos a mis nietos! ¿Serán o no serán? —Girando su cara hacia la pared, esperando el toque de cada uno de sus niños para identificar por el sonido de los pasos, la altura del área del toque de sus manitas, la fuerza del roce o la temperatura del contacto, cuál de sus nietos está a sus espaldas. Descubriéndolos a todos una y otra vez, sin fallar desde el primer intento, para luego dar a todos grandes besos y abrazos adornados de bendiciones.

La ropa que lleva en cada visita arroja ya algunas pistas de las actividades programadas por la abuela. ¿Llega con traje de fiesta?, ¡hay tarde de tertulias! Si está bien calzada con zapatos deportivos, al jardín, pues hay excursión; ¿trae recogido el cabello cubierto con una colorida pañoleta?, ¡a buscar los trapos, pues es día de limpieza y todos deben colaborar! Sin embargo, el traje que a todos encanta es el que complementa con su hermoso delantal. Un delantal con su nombre bordado en punto de cruz que es el prelude de los postres sorpresa para todos los invitados a la jornada.

El juego predilecto de adultos y niños por igual es el de descubrir los nombres de los postres. El mismo comienza cuando la abuela pone sobre el mesón de la cocina la bandeja cubierta con un paño que hace juego con su delantal. Debajo se ocultan las sorpresas, cuyos nombres deben descubrir o construir los niños, para luego compartir sus experiencias en una tarde de tertulias. El juego lo inicia la abuela con la conocida expresión «Quisiera Contarte» y se desarrolla así:

Parada al lado del mesón, con todos los nietos alrededor, la abuela pasea la vista detallando a todos los presentes y dice:

—Quisiera contarte que preparé para unos amigos algo delicioso. Y si tú adivinas...— poniendo su mano izquierda sobre la cabeza de unos de los presentes, extiende su mano derecha y declara —¡lo compartiré contigo!— señalando con la punta de sus dedos el rostro del nieto seleccionado para continuar la historia, quien debe continuar el juego repitiendo

lo dicho por la abuela e incorporando un dato adicional del producto que queda a la vista al retirar el paño que lo cubre. La abuela va confirmando o rechazando datos y moderando la continuidad de cada ronda. Repitiendo el recorrido hasta que los niños descubren de qué se trata. Para posteriormente disfrutar de la sorpresa culinaria protagonista de la narración.

Un lunes cualquiera, el juego discurrió así:

—Quisiera contarte que traje para unos amigos algo delicioso. Y si tú adivinas...— dijo la abuela colocando su mano sobre la cabeza de Paolo y dirigiendo la punta de los dedos de su otra mano hacia Carolina —¡compartiré con ella!— Carolina se acercó de inmediato al mesón para retirar la cubierta de la sorpresa y añadió a continuación:

—Quisiera contarte que la abuela trajo para unos amigos algo delicioso de color verde clarito— y, si tú adivinas... poniendo una mano sobre su cabeza, dirigió la punta de los dedos de su otra mano hacia Gabriela —¡compartiré con ella!— Procedió Gabriela a acercarse al mesón en busca de otra pista, diciendo con voz clara y firme:

—Quisiera contarte que la abuela trajo para unos amigos algo delicioso de color verde clarito y textura de gelatina...— Poniendo una mano sobre su cabeza, dirigió la punta de los dedos de su otra mano hacia Santiago, añadiendo... y si tú adivinas —¡compartiré con él!— sin saber que Santiago descubrió por el aroma que venía del mesón cuál era el postre sorpresa desde el inicio del juego.

—¡Abuela, gané otra vez! —exclamó Santiago a continuación —ya tengo en la punta de la lengua el nombre de tu sorpresa. —Nadie como él para esos descubrimientos. Añadiendo con calma y seguridad:

—Quisiera contarte que la abuela trajo para unos amigos algo delicioso de color verde clarito, textura de gelatina y olor a mango... — y si yo adivino, poniendo una mano sobre su cabeza, dirigió la punta de los dedos de su otra mano hacia su propio rostro y declaró con picardía —¡compartiré conmigo mismo una exquisita *Jalea de Mango!*— demostrando a todos las ventajas de tener padres amantes de los dulces a la hora de participar en juegos culinarios.

—¡Niños! —decía la abuela— ya tenemos al ganador. Así que convocatoria para tarde de tertulias a las cuatro de la tarde, luego de terminadas todas las tareas.

—Quisiera contarte que estaré con los tíos ayudando a preparar la comida para el almuerzo. Nos vemos en el lugar y horas convenidos.

En esta oportunidad era el juego con el postre, pero solía ser así con cualquier actividad. Siempre adornada con un «quisiera contarte que...» el presagio de muchas y muy grandes aventuras.

Concluidas las tareas y acicalados todos para la cita con la abuela, llegaba el momento de correr a la sala de reuniones. Un espacio que en otros hogares era el cuarto de juego, para ellos era el área de tertulias. Allí se reunían para diversas operaciones, destacando como las más importantes las relacio-

nadas con las narraciones de cuentos de la abuela. El lugar: su poltrona de honor. Una butaca cómoda con respaldo bajo acolchado y un almohadón sobre el asiento. Con apoyabrazos y orejas (no de las que oyen, sino de las que adornan el respaldo de los sillones con una ligera curva). Adecuada para el descanso, con apoyapiés y todo ¡hasta se reclina con la ayuda de una manija! Un espacio privado de la abuela, donde cada uno de sus nietos ha descansado o soñado más de una vez.

Al lado de la poltrona, la mesa de madera redonda y bajita, adecuada a la altura de los invitados de honor de la tarde de tertulias, donde siempre se pone la bandeja de postres junto a los platos, cubiertos, vasos, servilletas y bebidas que acompañan las tertulias. Alrededor de la poltrona y la mesa, seis sillones sin respaldo de diversos colores. Unos asientos blandos de tela, rellenos con bolitas de anime, adaptables a diversos movimientos y posiciones del cuerpo. Para los más pequeñitos, las colchoneatas fungen de nubes de sueños. En un rincón, cuatro pequeñas mecedoras de metal cubiertas con un tejido de mimbre y, más al fondo, un cajón grande de madera donde se guardan las pelotas y demás juguetes sin empaque.

Hasta allí llega la peñera mayor a reunirse con sus compañeros de tertulia, para dar inicio a las reuniones con un:

—Quisiera contarte que...— la frase inicial que indica el inicio a la tarde de tertulia. Todos dispuestos a escuchar, de boca de cada uno de los presentes, la narración de los acontecimientos ocurridos durante los días que no se vieron. Cada uno narra cómo fue la visita al médico para la aplicación de las vacunas (según ella ni sabe ni le interesa su nacionalidad) a las que llaman «vacunas sin pasaporte».

Carolina, la nieta primogénita y la familia

CAROLINA ES LA primera nieta de la abuela *Quisiera Contarte* y del abuelo *Joven Aún*. Es su mayor orgullo ser la primera nieta y, aun cuando insiste entre llantos en que quiere a la abuela solo para ella, sabe que el ser la nieta primogénita acarrea una gran responsabilidad. Por lo tanto, está comprometida a compartir a los abuelos con los más pequeñitos y a ayudar en los cuidados tanto como pueda a su corta edad.

Al igual que la abuela, Carolina es alta y delgada, con la piel color ámbar. Carolina espera que cambie a caramelo oscuro cuando tome tanto sol como el que tomó la abuela. Su cabellera es abundante, negra y ensortijada, se despliega en el viento con más frecuencia de la deseada por su mamá.

Carolina se queja con frecuencia de la comida, especialmente cuando se trata de platos diferentes al lebranche con tostón y arepa, que es su plato favorito por excelencia. Aprendió a disfrutarlo en Barlovento desde muy bebé, gracias a su abuelo *Joven Aún*. Ya estudia primer grado en la Escuela Bolivariana Nacional Simón Rodríguez y entró sabiendo leer

y escribir, como resultado del *aprender haciendo* que siempre practica con la abuela, su maestra preferida. Además, sazónada con conocimientos elementales de triángulos, cuadrados, rectángulos, esferas y paralelepípedos, adquiridos todos gracias a las carreras de papagayos elaborados junto al abuelo para las temporadas de vientos fuertes.

A este tropel también pertenecen Gabriela, Ana y Santiago, los tres con seis años igual que Carolina. Llegaron a la familia como consecuencia de la fuerza de los tambores de una noche de san Juan y, cómo no, al cumplimiento de los plazos que fija la naturaleza para nacer.

Santiago llegó a la familia un 25 de julio (día de san Santiago), tan solo dos días después que Carolina. Con un poco más de calma y en compañía de toda la familia.

Ana buscó no quedarse atrás y nació ya para el cierre del 26 de julio a las 11:58 minutos, así que llega al mundo el Día de Santa Ana. Mientras que Gabriela, cumpliendo con sus 32 semanas estipuladas luego de un embarazo esperado con inmensa alegría, se incorpora a la familia la mañana de un 29 de septiembre: el día de san Gabriel, a quien debe su nombre. Sin embargo, aunque nacidos los tres en días de santorales, nada más alejado de un nombre alegórico, pues son poco tranquilos para ser tildados de santos por los abuelos, maestros o cualquier persona que los conozca.

Luego tenemos a Paolo, Sebastián, Sofía, Miguelangel, Valentina, y Miranda, los chiquilines de la familia; es decir, los hijos e hijas de las hijas e hijos de la abuela y del abuelo,

el centro del amor de ambos y su nueva oportunidad para aprender a ser mejores papás. Todos futuros narradores de las historias de familias. Estas historias van a convertirse en relatos y luego en los retratos de familia para compartir, conjugando el pasado de personas y eventos, con el sabor y color de toda su identidad.

El resto de la familia está compuesto por papás, mamás, tíos, tías, primos, primas, cuñados, yernos, cuñadas, nueras, sobrinos, sobrinas, ahijados, ahijadas y demás parentelas que se pueden dar en los casi 200 núcleos que conforman el gran enjambre construido por *Quisiera Contarte* y *Joven Aún*.

El abuelo *Joven Aún*

DOMINGO ES EL nombre del abuelo conocido por todos sus nietos como *Joven Aún*. Él es, entre otras cosas, el esposo de la abuela *Quisiera Contarte*. Bautizado *Joven Aún* al tomar como referencia una expresión que emplea para dirigirse a diversas personas, sin tomar en cuenta su edad, género, color de piel, posición política o religión. Para todos siempre hay un *Joven Aún*.

—¡Buenos días, joven aún!

—¿Y las tareas, joven aún?

—¿Te vienes conmigo, joven aún?

—Tu abuela te llama, joven aún.

Así fue como el abuelo, al igual que la abuela, fue rebautizado como abuelo *Joven Aún*.

Del día del bautizo se sabe muy poco. Según cuentan, empezó como un juego y ya solo quedó la expresión *Joven Aún* para referirse y dirigirse al abuelo.

—*Joven Aún*, invítanos a una tarde de papagayos.

—Extraño mucho a *Joven Aún*, ¿saben cuándo vuelve de visita?

—Todos aprendimos a montar bicicleta con *Joven Aún*.

—Ya llegaron los cambures manzanos y el casabe, los mandó desde Barlovento *Joven Aún*.

—*Joven Aún* llegó y trae la maleta llena de vitamina C.

Joven Aún es un hombre muy alto, con la piel color azabache, hermosos dientes color marfil y el cabello canoso muy cortito. Tiene los brazos tan largos, que logra abrazar a los diez nietos a la vez.

Puede ser de a ratos (y al mismo tiempo) un barco, un avión, un columpio o una cálida cama cuando a los nietos los vence el sueño luego de los cierres de actividades o las jornadas de cuentos. Contador de cuentos que él mismo llama «de fantasía», pues los de la abuela son los de verdad. Esto lo aclara siempre con precisión al introducir el género de su narrativa.

El abuelo es un sinnúmero de abuelos, todos guardados en un mismo cuerpo, con una misma cara, pero un sinfín de facetas. Algunas en las que destaca su niño interior y otras en las que el maestro matemático emerge para elaborar junto a todos los papagayos con formas geométricas. Los papagayos a veces no vuelan, quizás por su peso o estructura, pero enseñan a aprender mientras se juega. Lo que llama el abuelo aprender y desaprender por ensayo y error.

Él es el constructor de los baños de arena para los gatos, de la carpa para acampar en el patio, los juguetes tradicionales, el sistema solar representado por toronjas, naranjas y limones, los comederos de los pájaros y un sinfín de artefactos más, unos más útiles que otros. Es un ángel protector, con

él hay que muchos niños que han aprendido a elaborar sombreros, mata piojos, barcos, aviones y camisas de papel, con la misma facilidad que construyen panderetas para acompañar las parrandas. El abuelo con los brazos más largos del mundo, capaz de organizar grandes competencias de gurrufios, perinolas, yoyos y papagayos. Al llegar Semana Santa siempre está en la primera fila, pendiente de llevar a todos a buscar o comprar los elementos necesarios para armar el mejor papagayo, seleccionando con entusiasmo tanto los materiales de calidad, como la figura geométrica que tendrá ese año el mejor papagayo del pueblo.

Es el maestro complementario soñado por todos los niños, con el que se aprende entre risas, carcajadas, tropezones y rasguños, geometría y aritmética. Está siempre dispuesto a hacer grandes recorridos en busca de panales de abejas, nidos de arrendajos o cuevas de ciempiés. Llegada la hora precisa, deja salir al niño que habita dentro, que en oportunidades olvida su peso y tamaño, para montarse en las bicicletas y torcer sus rines entre risas y regaños. Se hace dueño del volantín y, como niño mayor, lo eleva y vuela mientras los demás corretean retando la velocidad del niño mayor que enseña matemáticas y geografía, jugando a las carreras.

Eso y más es *Joven Aún*. El abuelo de la voz de trueno ideal para narrar historias de animales que hablan y cuentos de terror, las favoritas de los niños cuando quieren jugar a ser mayores.

La llegada de Carolina a la familia y a la vida de la abuela *Quisiera Contarte*

—¡Cada cosa en su momento y su lugar!— siempre dice la abuela. Y así fue como Carolina nació en el lugar y momento justo, hace poco más de seis años. Entre la noche de un 23 y la madrugada de un 24 de junio, en un pueblo barloventeño llamado san José de Barlovento (antiguo san José de Río Chico), en plena celebración de la Devoción y Culto a san Juan Bautista. Entre toques de tambor, el percutir de maracas, cantos de sirena, malembe, parrandas, banderas y el sangreo del santo.

De allí proviene, según la abuela, el amor de Carolina a su negritud, al baile de tambor y su creencia firme en que cortar su cabello en la noche de san Juan, hace más abundante y fuerte su cabellera. Sus familiares y maestros se esfuerzan en domesticarle la cabellera a fuerza de peines, cremas y cintas, sin entender que esa también es parte de la identidad libertaria de una niña nacida durante una noche de san Juan, en uno de los primeros pueblos venezolanos fundado por negros libres.

La noche de su nacimiento todo era algarabía. La familia había viajado a san José de Barlovento, a solicitud del abuelo *Joven Aún*, por las fiestas del santo. Sumándose a la celebración al momento de llegar al pueblo.

En horas de la tarde de ese día, la mamá de Carolina disfrutaba de la celebración, animándose a bailar tan solo el malembe, lo que la niña tomó como señal de que había llegado la hora de nacer, sin brindar ningún adelanto ni respetar que aún le faltaba casi un mes para que llegara su momento.

Corrió la noticia y los bailadores se vieron obligados a detenerse y dejar la fiesta para otro momento. El dolor reflejado en el rostro la mamá de Carolina indicaba que el parto se había adelantado y resultaba necesario llamar al doctor. Una vez en casa, consultaron con la abuela, que evaluando la situación, ordenó buscar de inmediato al médico de guardia y a la partera Concepción. Con instrucciones detalladas, el papá de Carolina salió en veloz carrera a cumplir la solicitud. Sin embargo, el pueblo estaba de fiesta y tan solo la partera se mantenía en vigilia, con la certeza de que en las noches de san Juan siempre hay que estar atentos, pues siempre alguien requiere de algún servicio.

Concepción se mantenía cerca de la ventana de su casa sin atreverse a pasar cerca de la cama, por temor a ser atrapada por el sueño. En la cocina, se encontraba encendido el fogón, con la jarra de café donde el calor la alcanza para mantener tibio el café. Una taza y luego otra. Solo dos, las necesarias para agudizar todos sus sentidos y saberes de comadrona,

todos adquiridos en los embarazos, partos y nacimientos atendidos en sus poco más de veinte años como comadrona del pueblo. Estando allí en silencio, sintió pasos apresurados y de inmediato pudo intuir que venían por ella. Pasó al cuarto para recoger el material de trabajo requerido en tan importante momento y una vez dentro, escuchó golpecitos eufóricos en su puerta, confirmando que en alguna parte requerían de su presencia.

Al abrir la puerta, ya con su indumentaria lista, vio frente a ella al papá de Carolina, a quien conocía poco, pero sabía era pariente de *Joven Aún*. Sin necesidad de mediar palabras partieron los dos, indicando durante la travesía la presunción de estar en presencia de un parto adelantado.

Aquella noche, los golpes de tambor agitaron como siempre la sangre y removieron el mundo interior de propios y ajenos. Efectos que actuando juntos, adelantan con frecuencia el nacimiento de nuevos niños barloventeños.

Así fue como la partera Concepción llegó a la casa de los abuelos de Carolina, con su macuto terciado, donde traía todo lo necesario para atender un parto y además unas bolas de cacao, una ofrenda para los padres del bebé que venía en camino para proponer un brindis inicial con un humeante chocolate caliente para todos los presentes. El brindis indicado para recibir a una niña que por, decisión y derecho, nacía una noche de san Juan.

En casa los esperaba la abuela, presta a conducir a la oportuna Concepción a la habitación donde Carolina acortaba el

tiempo de su llegada, confirmando la partera que pronto tendrían en casa a una nueva integrante de la familia.

Llegó esa noche al mundo la primera nieta de sus cuatro abuelos y la única barloventeña de la cuarta generación de la familia. Hecho que *Joven Aún* destaca siempre que alguien pregunta ¿cuántos nietos tienen ustedes? Para él siempre es necesario responder a esa pregunta con la mayor cantidad de detalles, pues se trata de interrogantes que ayudan a construir la historia familiar. Por tanto, acompaña su respuesta con pormenores referidos a cuántos niñas y niños son, la edad de cada uno de ellos, sus nombres y lugares de nacimiento. Solo así puede contar que él también tiene una nieta barloventeña, aunque todos sus hijos se fueron a vivir a Caracas, Maracay, Cagua, Ciudad Guayana y hasta Roma, a razón de expandir sus horizontes.

En consideración a la fuerza de sus gritos, decidieron llamar Carolina a la nieta primogénita, a solicitud de *Quisiera Contarte*. Un nombre que significa «mujer fuerte» y eso era lo que se podía inferir de la potencia de los gritos de la niña, cuyo llanto lograba resaltar por encima de los cantos de sirenas, como una manera de comunicarse con sus ancestros, intentando decirles: ¡aquí estoy yo! ¡Otra contadora de cuentos!

Esa noche se escuchaba a lo lejos una y otra vez ¡*Si san Juan lo tiene, san Juan te lo da!* como un augurio de buena fortuna. Ese mismo día de buena fortuna, Carolina recibió como regalo de su tierra un quitiplás, que con su sonoridad y ritmo acompañó la llegada de la nieta primogénita de *Joven Aún*.

Un instrumento reservado para ocasiones especiales, diferente a los tambores de san Juan Bautista, que era el invitado especial de esa noche. Todo para celebrar con una serenata a lo barloventeño la llegada de la nieta primogénita. Brindando paz y tranquilidad a la mamá primeriza que, asustada, recibía las instrucciones de la partera.

La llegada de la partera Concepción a la casa de *Joven Aún* y *Quisiera Contarte* dio la voz de alerta a los amigos acerca de la llegada de un nuevo barloventeño a san José, por lo que resultó necesario acudir de manera inmediata al brindis y a ofrecer cualquier ayuda. Llegaron de diversas partes del pueblo mujeres y hombres con un compromiso claro de ofrecer apoyo en esta situación si se requería. Algunas mujeres fueron incorporadas como personal de apoyo para Concepción. Llevando y trayendo paños calientes, preparando la cuna para la niña y el cuidado especial para la mamá.

En el patio, los cocineros montaron el sancocho de gallina negra, el plato para recibir a los niños en Venezuela por excelencia y ayudar a recuperar a las parturientas. Con manos aquí y allá, desplumaban y cortaban las aves todos los invitados, picando también las verduras y las hortalizas verdes, inundando la casa de un exquisito aroma. Un aroma especial capaz de recuperar los cuerpos tan solo con su fragancia.

En el fondo, el increíble ensamble del quitiplás. Ocho ejecutantes con dos baterías de bambú, formados en rueda y agachados en el piso sacando toda la melodía de los

instrumentos. Improvisando, variando el tono, quitando y poniendo la mano en la boca abierta de cada caño.

Uno de esos recibió el abuelo *Joven Aún*, de las manos de su propio dueño, como regalo para Carolina, con el deseo inmenso de contar a futuro con ella como instrumentista de quitiplás.

Así llegó Carolina al mundo, envuelta en las mantas y trajes llenos de recuerdos que la abuela tenía preparados para su llegada. Al contacto con la piel de la niña, estas ropas derramaron sobre ella el amor recibido por todos los nuevos miembros de la familia, en un día tan especial como el de esa noche de san Juan. Quedaba demostrado que era cierto lo dicho en el canto: *¡Si san Juan lo tiene, san Juan te lo da!* Esa noche, san Juan le dio a la familia una niña fuerte y sana que sentiría por siempre el amor y las bendiciones de ese día azaroso de su nacimiento, bajo los ritmos de la parranda de san Juan.

¿Qué es cumplir años?

A DOS SEMANAS de su tercer cumpleaños, Carolina ya tenía un sinfín de preguntas en la cabeza. Siempre buscaba aclararlas antes de las fiestas. Quizás su mamá tuviese respuestas, pero Carolina quería las respuestas de la abuela, pues sus explicaciones son las más bonitas.

Carolina quería saber cómo crecería su cuerpo, especialmente sus huesos. Y además también el significado de cumplir años. Las dudas crecían casi diariamente, en especial luego de una tarde de cine que había disfrutado con su papá, que como parte de sus regalos de cumpleaños le había regalado una película de cuentos en donde el personaje principal de la historia se hacía grande y pequeñito una y otra vez.

Inicialmente esperaba la llegada de la abuela con tranquilidad, pero al ver que tardaba en concretar su visita, decidió pedir a su mamá que las pusiera en contacto. Lo que ocurrió al día siguiente.

—¡Buenos día, mamá! Bendición. ¿Cómo estás?— preguntó la mamá de Carolina.

—¡Buenos días, mi niña! Por acá todo bien. Ocupada con los próximos dos, en cadena— refiriéndose en clave a los próximos cumpleaños de sus cuatro nietos. Escuchando de fondo la voz de Carolina, que reclamaba por teléfono a su abuela.

—Hola, abuela, ¡ven a la casa!— le decía de manera imperativa por teléfono, sin mediar más explicaciones y devolviendo el aparato a su mamá.

—¿Y ese apuro? ¿Por qué la necesidad de verme allá? ¿Qué ocurrió?— preguntaba la abuela a su hija.

—Solo puedo adelantar que el asunto guarda relación con su cumpleaños. Tiene días revisando el almanaque y recorriendo la casa con una cinta métrica en las manos.

—Pues no se diga más. Mañana a temprana hora estaremos por allá. Así aprovecho de entregar las cosas que ya sabes. Carolina recibió las noticias con gran regocijo.

Al día siguiente desde muy temprano, Carolina esperaba a la abuela sentada en la sala. Con la cinta métrica al cuello, el almanaque sobre sus rodillas y la película promotora de sus dudas en su bolso de salir.

Sin hacer mucho ruido, la abuela ingresó por la puerta trasera con su carga de sorpresas para el cumpleaños: la piñata con forma de perinola, repleta de juguetes y chucherías; los componentes para los juegos de la gallinita ciega y pégale la cola al burro; los globos de colores, bambalinas, platos y vasos de fiesta, acompañados de un gran cartel en el que se leía «Gracias por estar aquí, Carolina, Feliz Cumpleaños».

Materiales entregados a su hija, que de manera inmediata los ocultó en el gabinete de la cocina, el sitio acondicionado para almacenar los componentes destinados a la celebración. Entregado lo prometido para ese día, la abuela salió a buscar a su nieta, que percibiendo su presencia se acercaba a la carrera hasta la puerta de la cocina.

—¡Llegaste, abuela! ¡Sabía que vendrías! —dijo la niña, abrazada a las piernas de la abuela, que la tomó en sus brazos y le estampó un gran beso en el centro de la frente, dejándole una marca de pintalabios que se mantendría allí como recuerdo de la visita, hasta desvanecerse de manera natural.

—¡Dime entonces! ¿Cuál es la urgencia?— interrogaba la abuela; recibiendo como respuesta un tremendo jalón de manos que la llevó a grandes zancadas al cuarto de la pequeña, donde su nieta se sentó en la pequeña mecedora e invitó a la abuela a hacerlo también, colocando la cinta métrica, el calendario, la película de fantasía y un pequeño trozo de tiza entre las dos.

—Abuela, ¿qué es cumplir años? ¿Cómo sé si de verdad crecí? ¿En cuánto tiempo tendré tu tamaño? ¿Puedo crecer y hacerme chiquita si no me gusta ser grande?— Una y otra pregunta saliendo de la boca de Carolina a pleno galope, sin tan siquiera tomar un poquito de aire entre una y otra, ni tan siquiera esperar las respuestas que podría ofrecer la abuela.

—¡Alto, alto, alto!— repitió la abuela —¡Una pregunta a la vez!— Reconociendo que se trataba de dudas compartidas por muchos niños, cuya imaginación hacía del cumpleaños una oportunidad para crecer con todas las de la ley.

—Dame unos minutos para buscar un pedazo de torta de vainilla y un vaso de agua para las dos. —Saliendo del cuarto, la abuela buscó lo conversado mientras Carolina seguía empeñada en darle vueltas a la cinta métrica.

Luego de un par de minutos, volvió la abuela con el exquisito postre, una agenda y un creyón rojo en sus manos, mirando a la niña directamente a la cara, indicando que primero quería enseñarle los calendarios contenidos en la agenda.

—Veo que tienes acá un calendario. ¿Sabes qué es?

—¡Sí! —respondió rápidamente— es donde podemos ver en qué día, mes y año estamos. Además, podemos apuntar los cumpleaños de los abuelos y los papás. —Respondió la niña, orgullosa de mostrar a la abuela sus destrezas.

—¡Sí! Es muy cierto. Solo que en el tuyo muestran solo un año. Mientras que acá en la agenda tenemos los almanaques de tres años continuos ¿Lo ves?

—¡Sí!— Buscando su fecha de cumpleaños en cada calendario, descubrió que cada año correspondía a un día de la semana distinto.

—¿Sabes cuántos días tiene un año?

—¡Sí! Trescientos sesenta y cinco días.

—¡Muy bien! Ahora marca con este creyón una equis sobre cada uno de tus días de cumpleaños. Si son tres años ¿cuántos cumpleaños tenemos?

—Tres —contestó ella.

—Pues al llegar el día de cumpleaños de un año al del año siguiente, se dice que cumpliste años. Y el próximo

jueves, tú estarás de cumpleaños. Cumplir es vivir todos esos días ¿Lo entiendes?

—¡Sí!

—Ahora la siguiente pregunta, ¿cómo saber si creces? La manera más fácil es ver como la ropa poco a poco te va quedando más pequeña, pero nosotras tenemos una mucho más fácil de revisar, ¿la recuerdas? Tiene que ver con la cinta métrica y las marcas con el creyón que hacemos en cada cumpleaños en el borde del marco de la puerta. ¡Ven! Vamos a revisar cómo vas —acercándose ambas al borde de la puerta, pudieron comprobar que Carolina venía creciendo a pasos agigantados y ya tenía 0,89 cm de estatura. Un número muy alentador, considerando que en la familia se venía cumpliendo que la talla alcanzada a los dos años, llegaba a ser la mitad de la altura a alcanzar de adultos. Eso indicaba que, con seguridad sería tan alta como su abuela.

—Serás muy alta, mi niña, pero siempre debes alimentarte bien. En cuanto a si puedes crecer y hacerte pequeña otra vez a tu antojo... Eso no es posible en la realidad. Solo lo puedes hacer a través de la imaginación, como hacemos tu abuelo y yo cuando jugamos a ser niños con ustedes.

—¡Gracias, abuela, por ser mi abuela!— dijo Carolina, indicando así que sus dudas estaban aclaradas. Saliendo juntas en busca de su mamá, quien preparaba ya la cena para las tres.

—¿Ves, mamá? Cumplir años es una parte de crecer y yo estoy creciendo en cada cumpleaños —concluyó Carolina, guardando en su lugar la cinta métrica y el calendario.

El bautizo de la abuela *Quisiera Contarte*

EL BAUTIZO «no oficial» de la abuela como *Quisiera Contarte* ocurrió un 23 de junio, hace poco más de cuatro años. Todo durante la fiesta del segundo cumpleaños de Carolina, cuando la nieta primogénita de la familia les dio una sorpresa de una manera muy inesperada.

En casa sabían que desde siempre ella llamaba de manera particular a la abuela. Una forma que solo ellas dos entendían. No obstante, ese día, con un poco más de soltura en su hablar, dio a conocer por fin en sus palabras el apelativo de su abuela, sin ningún plan organizado para tan importante acontecimiento.

Cuentan que cerca de las dos de la tarde, desde la sala se escucharon tres toques continuos de timbre. Con curiosidad, la mamá de Carolina había acudido a la entrada de la casa para conocer de quién se trataba. Constatando que era alguien conocido, procedió a retirar los pasadores y abrir la puerta, impregnándose de inmediato la casa del olor a melado de papelón. Cuando el aroma llegó hasta la cocina, Carolina,

que esperaba la llegada de su invitada de honor, sin siquiera poder verla, exclamó a todo lo que le daban sus pulmones y con inmensa alegría...

—¡Al fin! Llegó la abuela *Quisiera Contarte* —presentándose de inmediato la abuela con su rostro jovial y en sus manos la torta de la feliz cumpleañera.

Sorprendidos de escuchar esas palabras tan largas y quizás complejas, en la boca de una niña de tan solo dos años, los presentes guardaron silencio, para luego llenar el espacio con un sinfín de sonoras carcajadas, condimentadas con melao de papelón.

Tan solo así podía ser. Las tertulias de Carolina con la abuela daban frutos todos los días, pero nada como el regalo que acababa de darle la cumpleañera a toda la familia. Este donativo terminaría convirtiéndose en parte de la historia que comparte la familia en diversos escenarios. Con el tiempo, Carolina terminaría tomando esta historia como propia, luego de escucharla repetir en cada cumpleaños y tarde de tertulias. Primero, en boca de la abuela Aura y posteriormente en la de la abuela *Quisiera Contarte*. Para al final estar en boca de todos aquellos que ese día, sin saberlo, se estaban iniciando como cuentacuentos. Se abrieron de par en par las puertas de la imaginación de los futuros grandes y pequeños contadores de historias.

Desde ese día, la abuela Aura pasó a ser con gran orgullo la abuela *Quisiera Contarte* o tan solo *Quisiera Contarte*. Algo que la llenaba de placer, reforzando los vínculos de amor

con todos sus nietos, que a partir de entonces comenzaron a llamarla por ese apelativo también.

Quedaba de esa manera bautizada la abuela, en una celebración convocada para festejar un cumpleaños, con la cumpleañera como su madrina. Lo que enlazaba ambos eventos a través del canto de «Esta noche tan preciosa», el himno venezolano del Cumpleaños Feliz.

De los cuentos a las tertulias

CON LA ABUELA, Carolina aprendió a hablar y a contar historias. Las podían encontrar conversando en cualquier lugar. *Quisiera Contarte* le enseñaba objetos, ofreciendo su nombre, y Carolina trataba de repetirlos entre balbuceos y siseos, construyendo juntas una forma de comunicación que, aunque íntima, resultaba entendible para cualquier mamá. Las conversaciones al inicio solo se daban en casa de Carolina, teniendo la pequeña muy poca libertad para alejarse de su mamá; pero a sus cuatro años, ya comenzó a quedarse en su Barlovento natal con mayor libertad. Al inicio, solo por unos días, luego por la semana entera, hasta eventualmente llegar al mes. Todas estas visitas estaban llenas de aventuras que enriquecían la imaginación de la niña.

Para Carolina, las visitas más deseadas y adecuadas para cualquier día del año son las que se hacen a la casa de los abuelos, donde acude mayoritariamente con sus papás y, en otras oportunidades, un poco a regañadientes, acompañada de otros primos dispuestos a disfrutar los paseos, dulces,

comidas de mar y las tan codiciadas noches de cuentos. Esas noches de cuentos también las llamaban días de tertulia, al avanzar los nietos en sus roles como cuentacuentos. Al inicio con historias muy breves, de tan solo una frase, más delante de una oración o dos, y así sucesivamente.

Al comienzo era un andar por la casa, conversando por aquí y por allá. Sin embargo, al llegar los demás nietos, se hizo necesario preparar un espacio especial para compartir con todos los potenciales cuentacuentos.

Para esto, la abuela pensó en destinar un espacio exclusivo en su casa. Con la ayuda de *Joven Aún*, convirtió su cuarto de costura en la sala de cuentos. Tarea concluida en tiempo récord, con el traslado de las dos poltronas de los abuelos finalizado a solo dos días del inicio de la transformación del cuarto de costura. Junto al televisor y el reproductor de videos, se situaron unas cornetas, tres pizarras acrílicas para anotaciones y los marcadores de colores. La mesa central para seis puestos y el gabinete donde se almacenarían todos los disfraces y trajes útiles para dramatizar los cuentos. Además, trajeron los tíos ocho colchonetas que fungían de camas e igual número de almohadas y cobijas. Así quedó lista la que sería para siempre la sede principal de las reuniones, con una única sucursal en la casa de Carolina.

Una vez listo el espacio, las tertulias comenzaron a tomar forma también, con la abuela eligiendo un tema particular, empleando trucos orientados a despertar el interés de todos sus nietos en conocer y aprender. Bien podía tratarse

de conversar acerca de un animal, un pueblo, un juego, los números, la forma de cosechar el cacao, la manera de hacer o preparar chocolate, todo tema estaba permitido. Hasta aquellos prohibidos en casa de sus hijos, por razones ajenas a los niños.

Llegado el momento, la abuela arranca con su «quisiera contarte...» y todos corren a acompañarla. Se sienta en su poltrona con una bandeja sobre la que todos ya sospechan la presencia de un pedazo de torta, bizcocho, galletas o cualquier dulce exquisito elaborado en casa, pero todos característicos de la gastronomía venezolana, como debe reconocerse según la abuela, por consideración y respeto a nuestros ancestros.

Nunca se sabe cuál será el tema seleccionado para la tertulia, pero todos saben que puede ser libre, surgir de inquietudes nacidas en la casa de algún nieto, a razón de una necesidad de explicaciones adicionales a las proporcionadas por los papás o los maestros. Los niños siempre querían saber más de esto o aquello, bien fuese por una situación de aceptación o rechazo.

La rutina en casa de Carolina ha sido la misma por años: llega la abuela *Quisiera Contarte* siempre sin aviso previo, pues aunque considera de buena educación avisar la visita, esa es una regla con poca incidencia sobre ella, que declara tener poco tiempo para organizar grandes agendas.

Suena el timbre de la puerta y sin llamadas previas ni notificaciones de que viene en camino ni especificando cuánto tiempo se quedará ni por cuántos días, llega como un tropel, cargada de topochos, cambures, plátanos, tortas de

casabe, bolas de cacao y dulces de temporada que nacen de sus manos; consuetudinariamente acompañada de *Joven Aún*, su inseparable compañero.

Joven Aún es el absoluto jefe del volante desde hace muchísimos años. Tantos, que la abuela ya ni recuerda si ella sabe o no manejar. Pero ama poder disfrutar del paisaje durante el camino, sin representar un peligro para ningún conductor que tome la Troncal. Para ella, es tan solo llegar y estar allí, inundando todo con su olor a melao de papelón. Y tal como llegan, se van; ya sin objeciones de nadie, al lograr hacer entender la dinámica de unos viajeros del tiempo sin reloj individual.

Cumplidos los saludos de rigor y entregadas las bendiciones para todos, pregunta la abuela:

—¿Y dónde está mi nieta barloventeña?— Sabiendo que Carolina estaba por allí cerquita, en espera de ese abrazo que la transporta más allá de las nubes, percibiendo todos los olores a dulces y flores de la abuela. Mientras tanto, en la cocina, *Joven Aún* toma su tercer (¿o cuarto?) desayuno de la mañana. Come como un pajarito, pero tantas veces como su cuerpo se lo pide. Hasta la cocina llega Carolina a mecerse en las piernas del abuelo, el columpio más maravilloso que la vida le pudo brindar. Mientras toma el abuelo pedacitos de dulces que rescata de la nevera, la mamá de Carolina insiste en decir:

—¡Por favor, papá, dulces a esta hora no!

Y *Joven Aún* responde que su estómago está a oscuras y ni sabe qué hora es. Que tan solo él sabe qué quiere su cuerpo, que mide más de un metro y noventa y dos centímetros.

En seguida se escucha a la abuela llamando a Carolina, casi en susurros, iniciando la conversación con su concebido:

—Quisiera contarte que la invitada de hoy es la piña. Por eso la torta y el refresco fueron elaborados utilizando esa fruta. —Encaminándose ambas a la sala de reuniones para conversar de cosas de nietas y abuelas.

—Por favor, mamá, mucha torta no, que luego Carolina no almuerza— se escucha a lo lejos la voz de la mamá de Carolina.

A lo que la abuela replica casi en susurro «Dejar de comer por haber comido no es dejar de comer...» algo que Carolina repite cada vez que se siente interpelada por su mamá en situaciones similares.

En la casa de Carolina tienen un espacio para las tertulias muy parecido al de los abuelos en Barlovento, donde comparten usando tazas, platos y vasos de verdad, de porcelana o vidrio, generalmente utilizados exclusivamente por la gente mayor, todo esto acompañado de las deliciosas obras culinarias de la abuela. Carolina está muy orgullosa de sus habilidades con estos utensilios, que ya puede utilizar con cierta soltura y gracia a escondidas de sus padres. La abuela argumenta que es necesario aprender desde pequeños a reconocer el peligro, cómo afrontarlo y evitarlo, según sea el caso. Es decir que desde los cuatro años, Carolina maneja diversos y peligrosos objetos (punzantes) con sobrada seguridad, al igual que varios de sus primos. Eso bajo la protección de *Joven Aún*, que comparte igual filosofía acerca del aprendizaje.

Muchos preguntan en público y en privado cómo logra la abuela seleccionar los temas y sabores con tanta precisión. Santiago dice que son cosas de hadas y la abuela es una de ellas. Gabriela es un poco más objetiva y plantea que se entera a través de internet, por las redes sociales y las conversaciones telefónicas con los tíos. Para ella nada de magia, puro enlace satelital, como dice su papá. Mientras, Ana explica que es puro cortar y coser, pues la abuela toma un retazo de cuento de por allá, otro de por aquí y construye toda la información que necesita para hacer felices a sus nietos e hijos a la vez, sin descuidar nunca a *Joven Aún*, su hijo mayor.

La mayor parte de las conversaciones que discurren entre *Quisiera Contarte* y Carolina han sido quizás por puras cosas del azar. Sin embargo, la abuela percibe en su nieta cierta vocación de cuentacuentos, repitiendo una y otra vez que esa nieta suya tiene muy buena madera, solo basta ayudar a lustrarla.

La abuela en procura de garantizar cierto orden elaboró una lista de reglamentos mínimos para participar en las charlas. Esta lista de normas está colgada a la vista de todos y dice:

Normas para contar y escuchar los cuentos:

1. Tener las manos y uñas limpias. Además del cabello ordenado (hasta donde se pueda).
2. Desear escuchar y dejar hablar a los demás.
3. Mantener un buen sentido del humor.
4. Querer compartir cuentos, tiempo, objetos y sabores.
5. Ganas inmensas de participar en la degustación de los postres y bebidas.

6. Apetito suficiente para disfrutar de lo que se sirva.
7. Mucha curiosidad e interés en consultar lo que deseen.
8. Cumplir las normas de orden y limpieza.

Como saben, para la degustación de postres y bebidas, cada uno tiene su juego de taza, plato, vaso y cubiertos reservados en un compartimiento secreto, ya que, para evitar asustar a la mamá de Carolina, los de plástico son los que se mantienen a la vista.

En el cuarto de tertulias de la casa de Carolina están cerca de las ventanas dos poltronas: las de *Joven Aún* (con rotación sobre su eje) y la de *Quisiera Contarte* (reclinable, con posabrazos y posapies). Una réplica casi idéntica de la sala de tertulias de Barlovento, la sede principal. Ambos espacios especiales en donde juegan y aprenden a crecer los nietos junto a sus abuelos, en donde solo pueden entrar los papás en ocasiones especiales.

Para amenizar las reuniones, la abuela suele ambientarlas musicalmente con puros ritmos de Venezuela. Los favoritos de todos, por supuesto, son los ritmos del quitiplás, además de las tonadas de ordeño, la canción «Viajera del Río» o los solos de cuatro. Son muchas las alternativas, cada una con un nombre, un ritmo, un autor, un intérprete y un viaje a diversas partes de Venezuela. A veces van acompañados de videos que ayudan a viajar en el tiempo y el espacio. En otras oportunidades, ayudan también a dormir, pues el cansancio vence a cualquiera.

Cada tío y tía ha realizado sus aportes para ambientar los cuartos de tertulia y, gracias a las imágenes maravillosas que están colgadas en las paredes y a la gran imaginación de los chiquilines, se puede viajar por toda Venezuela sin salir de casa, ¡hasta con la vestimenta adecuada para cada ocasión! Desde trajes de baño hasta abrigos para soportar el frío del aire acondicionado cuando la ambientación corresponde al teleférico de Mérida o los picos nevados.

Los viajes favoritos de Carolina son a Barlovento. En vivo y directo o a través del cuarto de tertulias de su casa. Desde ese cuarto conoció Tacarigua de la Laguna incluso antes de poder tocar el agua con sus manos. Allí supo de Curiepe, Higuerote, Mamporal, El Clavo, Cumbo, el mar Caribe, Los Canales de Río Chico y muchos lugares más que aprendió a reconocer a través de las historias fantásticas de *Joven Aún* mezcladas armónicamente con las dosis perfecta de realidad de *Quisiera Contarte*. Para el abuelo es muy importante dar a conocer todo lo que sabe con respecto a geografía, pues cree que Carolina debe reconocerse como mirandina, aunque aún ignora donde queda Los Teques, la capital del estado Miranda.

Santiago siempre aboga por el estado Aragua, pero sin tener un lugar predilecto en particular. Para él, allí todo es fantástico y muy parecido a lo que conoce del estado Miranda, pues los dos tienen muchas playas y parques. Como el Parque Agustín Codazzi o el Parque Henry Pittier, con mucho verde y senderos por descubrir. Cercanos están también los Morros de san Juan y el inmortal Campo de Carabobo,

donde vio por primera vez al Libertador Simón Bolívar, junto a su perro Nevado.

Para Gabriela, nada como Caracas, con sus grandes autopistas, avenidas y edificios altos. Donde los distribuidores (El Pulpo, La Araña y El Ciempiés) toman los nombres de animales para representar magníficas obras de ingeniería de gran envergadura. Donde «Con Cariño» es una manera de despedirse, pero también de recibir a los que quieren disfrutar de un rato rico y hasta picantico, tal como expresa su papá, cuando le preguntan qué tal va el día.

Miguelangel y Ana comparten el gusto por las playas y siempre quieren hablar y ver las costas de todas las maneras posibles. Ellos dicen que en los mares viven muchos animales a los que les gusta jugar en libertad. Con una lágrima fácil cuando ven a leones y tigres en cautiverio en el zoológico de Las Delicias o Caricuao, dicen que ellos son de otros países y quizás los trajeron obligados y sus mamás los están buscando.

En cuanto a Paolo, Valentina, Miranda, Sofía y Sebastián, se tiene poca certeza acerca del lugar de Venezuela que más les agrada. Sin embargo, existe la sospecha general que también son las áreas de playa, pues cuando suena algo parecido a un tambor de inmediato buscan los sombreros y los lentes de playa, comenzando a mover sus hombros y piernitas con mucho ritmo y alegría. Pruebas y más pruebas de que tienen sangre barloventeña.

Hasta ahora, de manera más informal, existen otros cuartos para las tertulias. Con diversos nombres y los mismos

fines, posibles de instalar y transportar de manera inmediata en cualquier pequeño rincón o espacio al aire libre. Tan solo hace falta la voz cálida de la abuela y cualquiera de las exquisiteces a compartir con toda la tropa.

Un nido de ideas que algunos creen es de pajaritos

CAROLINA TIENE UNA gran melena de pelo ensortijado de un lindo color negro azabache, como de muñeca, que solo se recoge para ir a la escuela. El resto del tiempo lo usa suelto (más bien desplegado), semejando de a ratos una gran palmera; otras un velo de reina que quiere volar y si lo trae todo hacia delante, un verdadero disfraz. Su memela es suave, como la piel de una oveja que cuidaba con esmero, por presión de su abuela, que siempre le recuerda que debe peinarse.

Para ella su cabello es un juguete más, porque se mueve con independencia y sabe bailar. Si quiere puede adornarlo con flores, trenzas, cuentas, cintas y mil cosas más. Un peligro grave si va a jugar tocaíto, pues algún pícaro la puede atrapar cuando ella va adelante y el cabello atrás. Ella y él son uno, pero se suelen pelear cuando se enreda mucho y lo deben peinar.

La melena está tan sana, que allí jamás han llegado piojos. Esos bichos pequeñitos y saltarines que van a las escuelas solo a fastidiar. Pasan de una cabeza a otra sin atreverse a atacar a Carolina. Dicen sus primos, los que sí han tenido esos

inquilinos en la azotea, que los piojos pasan de largo porque temen morir asfixiados.

—¡Será más bien mareado!— grita siempre Carolina, dando vueltas canelas a cien por una—. ¿Qué piojo podría aguantar mi agilidad?

Por costumbre, su mamá la ayuda a peinarse antes de dormir, para así chequear la posible presencia de intrusos. Estos ratos también los aprovechan para repasar juntas mentalmente las tareas y las lecciones, o conversar sobre cualquier acontecimiento ocurrido durante el día, compartir vivencias o recordar antepasados.

Durante las visitas de los primos, su cabello disfruta de toda la libertad que puede desear, ¡y es especialmente útil cuando juegan a estar de cabeza! Siempre está inventando tretas para vencer a los demás, trepando cualquier árbol para luego colgarse de cabeza en la rama más alta a la que lograba llegar. Desde ahí, inicia un conteo para demostrar su resistencia. Luego baja con la cara rojita por el esfuerzo y la cabellera extendida como un inmenso sol negro que bajó a la tierra a jugar también, lo que a veces la obliga a volver a la casa de manera discreta, para poner en orden los temas capilares y volver a salir. Evitando siempre encontrarse a su mamá, por supuesto, porque podría sentenciar de manera inapelable —¡Carolina, a bañarte, peinarte y a dormir!— dando por concluido el juego en el jardín.

Para Carolina, su cabello también es su compañía. Es como un niño travieso que en oportunidades se niega

a poner orden y se va a la cama vuelto un enredo que solo sabe arreglar mamá con mucha paciencia, un buen peine y sus manos diestras. Es responsable de varios castigos, pero merecedor de elogios cuando se porta bien y obedece al peine que lo quiere vencer.

Su melena es su almohada sobre la grama y su protector bajo la lluvia también. Es protagonista de muchos juegos, y ayuda a despertar ideas cuando vuela libre por la acción del viento, tentando a veces a algunos pajaritos a tomar material para sus nidos o hasta a posarse en él.

Lo que sí tiene Carolina seguro es que su melena es un súper poder.

Soy grande, ya tengo siete años

AL CONOCER CAROLINA el significado de cumplir años, le puso ahora mayor interés a lo que su mamá le encomendó: tomar cada día del año como un compromiso. Porque...

¿Era o no hacer las tareas en vez de jugar cumplir con sus compromisos? Los compromisos son actos de amor, más que una obligación. *De obligado no se vive*, solía expresar la niña.

Obligado es tender la cama, hacer las tareas, guardar los juguetes, lavarse los dientes y las manos cuando te vas a acostar. Sin embargo, si esos deberes te benefician más que a nadie a ti mismo, serían un cumplir con el año, serían un poco *vivir*. Complicado de explicar y entender, pero, para Carolina, una manera de entender que estaba creciendo; que ahora conocía más palabras y hablaba más enredado, pero también más bonito. Como *Quisiera Contarte*.

Supo a ciencia cierta que hablaba bonito cuando la maestra comenzó a pedirle que narrara cuentos frente al salón de clase, para ayudar a despertar la imaginación e inspiración de sus compañeros. Al inicio, varios se burlaban al verla

pasar al frente del salón. Se paraba firme, con una mano solemne en la espalda, y empezaba a contar cuentos, con ciertos cortes y pausas para dar toques dramáticos cuando sentía que la mayoría no estaba prestando atención.

Las primeras dos veces le pidieron que compartiese una historia con sus compañeros, pero algo cambió a partir de la tercera vez, cuando, como un golpe fuerte, le llegó la inspiración. Ya esa era la tercera vez que debía «despertar la musa», como decía *Joven Aún*, y al sentir ese calor de la imaginación tomando forma en su pecho, supo que ese era un acontecimiento especial.

Ese día, llegó a la escuela con su cabello muy en orden, todo su uniforme impecable, listo para ser sometido a la revisión del más riguroso general. Entró al salón con la seguridad de que ese día sería memorable para ella y los demás.

En las dos primeras oportunidades sacó un cuaderno, lápiz y borrador. Pero esta vez solo posó su morral bajo el pupitre, porque cada cosa va en su lugar, como declaraban con frecuencia la abuela y su mamá. Llegado el momento, pasó al frente, pidiendo a los niños organizar sus pupitres en círculo, para poder verse las caras unos a los otros. Allí quedó claro que ya estaban involucrados, pues hubo mucho ajeteo y nada de atención. Carolina vio esto como una victoria, al final así difícilmente alguno se quedaría dormido al empezar ella su relato.

Carolina tomó el centro de la rueda, invitando a la maestra a incorporarse junto al resto de los niños. Lista la ambientación, cuando nadie lo esperaba, soltó su cabellera,

que se desplegó a todo lo ancho, a pesar de todas las cremas aplicadas para doblegarlo. Sacándose la camisa del cinturón de la falda de su impecable uniforme, comenzó su historia. Esta vez sin cuadernos, apuntes, ni libro que leer, narrando como en sueños un cuento de su propia invención. Con los altos y los bajos de la abuela, los sonidos de animales de *Joven Aún* y las tramas de susto que le encantan a Santiago y hacen brincar sobresaltados a los distraídos.

Era jueves el que sería desde ahora el día del despertar de la inspiración para Carolina. Hasta la maestra Elena estaba inspirada, tomaba notas y notas, aplaudía y en momentos se enjugaba alguna lágrima al ver lo que puede surgir del alma de los niños cuando se activa su creatividad en completa libertad.

Ondeaba la cabellera independiente de Carolina, sin amarres, como la imaginación de quienes escuchaban su relato. Un cuento con inicio, desarrollo que ya estaba por llegar a su final. Era un cuento breve, podía relatarse en tan solo quince minutos. Además la experiencia de Carolina la había preparado para saber cómo detenerse en el momento justo para continuar otro día. Así fue como Carolina logró terminar la narración del día dejando la cantidad justa de inquietudes y tensiones en el aire. Bajando la voz de a poquito, concluyó, indicando al final:

—Los espero para otra historia—. Todos aplaudieron con gran alegría y se escuchaban voces que decían:

—¡Otra, otra, otra!

En la puerta entreabierta del salón, varios maestros aplaudían a Carolina, a su maestra y a los niños, al entender que en conjunto eran parte de una misma narrativa.

La maestra Elena se acercó a la niña tan solo para darle las gracias al oído y con mucha calma, Carolina introdujo de nuevo su camisa bajo la falda y cuando ya procedía a recoger su cabellera, la maestra Elena le dijo:

—¡Déjalo así! ¡Hoy tu melena se ganó su derecho de volar libre como el viento!

Al volver a casa, Carolina, al igual que muchos que habían disfrutado la experiencia, estaba radiante. Lo notaron todos los que la vieron pasar con su cabellera negra suelta, peinada de medio lado, con tan solo un sujetador para apartar el cabello de la cara. El morral a cuesta, cargado de cuentos escritos en la memoria y el corazón, ligeros como el viento que soplabá, moviendo de allá para acá tanto hojas como pensamientos.

Nadas más entrar a casa, su mamá lo noto y le dijo dándole un gran beso:

—Te ves diferente. Será que estás grande, ya tienes siete años.

—¡Sí, soy grande! ¡Ya tengo siete años!— Qué manera linda de crecer.

El viernes, al volver a la escuela, la maestra Elena se acercó a Carolina para felicitarla por tener una forma tan especial de hacer fluir la tranquilidad y alegría a través de la narrativa. Tenía una forma muy particular de interpretar sus

relatos, difícil de lograr aun para personas mayores, pero ella, con tan solo siete años, lo manejaba muy bien. Agregó al final que lo de ayer había sido mágico y le preguntó:

—¿Qué sentiste? ¿Cómo te sientes hoy?

Y Carolina no tuvo más que responder —¡Soy grande!
¡Ya tengo siete años!

Así quedó instituido por la maestra Elena que los jueves serían nuestro día de cuentos y narrativas.

—Abrirá Carolina con un cuento breve y final abierto. A quien lo desee, construirá un final, con variables y argumentos de libre elección.

La propuesta de la maestra Elena fue tomando cuerpo, incorporándose cada semana un nuevo narrador y salones de clases replicando la experiencia, hasta lograr que toda la escuela compartiera lo que se llamó «Mi jueves de cuentos», una variación de las tardes de tertulia con *Quisiera Contarte*.

Con el paso del tiempo, los niños tenían vocabularios ricos, cada vez más fluidos e imaginaciones más activas. Lograron una escuela llena de cuentacuentos, como lo era *Quisiera Contarte*, la abuela de la niña que cambió la forma de enseñar.

La playa de las casas de los cangrejos

LA GRAN MAYORÍA de los integrantes de la familia de Carolina desciende de gente de la costa venezolana, aman el mar por encima de todas las cosas y tienen una relación hermosa con todo lo que huela a río, laguna, bahía e historias de playa. Por eso, un día la abuela organizó una visita a «La playa de las casas de los cangrejos».

La invitación la hizo con tres semanas de antelación, interminables para todos, pero asegurando que todos los invitados pudiesen coordinar sus tiempos. Sin embargo, insistía en replicar a cualquier reclamo, a través de las video conferencias de seguimiento y distribución de las tareas.

—¿Cuál es el apuro?

—¿Ya metieron en sus maletas trajes de baño, sombreros, bloqueador solar, lentes de sol, sombrillas y un morral?— preguntaba Carolina

—Las sombrillas ya están allá. —Señalaba Gabriela.

—Por las sombrillas, tranquilos, que las llevará mi papá. —Agregó Santiago—. Mi aceite de coco ya lo guardé. Llevo cinco litros que preparó mi papá, alcanza para todos. —Decía

Ana mientras Miguelangel le recordaba a todos que él y Ana ya sabían nadar.

Quedaba claro que todos estaban haciendo un esfuerzo por hacer del viaje un evento inolvidable. Con carros recién salidos del taller y merenderos con techos acondicionados para instalar en los destinos. Los mapas marcaban diversos posibles lugares donde pudiera estar la playa de la casa de los cangrejos, pero los detalles eran desconocidos para los nietos y cuando compartían indagaciones con sus padres, madres, tíos y tías, todo era respondido con un solemne:

—¡Esperen al día del viaje!

Revisando mapas, Gabriela había descubierto una playa que tenía por nombre *Playa Cangrejo* en las costas del estado Anzoátegui. Enseguida consultó a su papá.

—¿Esta es la playa que vamos a visitar?— preguntó sabiendo de antemano cuál iba a ser la respuesta:

—¡Espera el día del viaje!

A solo una semana de la salida, ya todo estaba a punto de caramelo, como iba informando *Joven Aún*. El abuelo esperaba con ansias el viernes, pues la llegada de los excursionistas le generaba tanta o más ilusión que a los nietos. Ya estaba todo listo para salir el sábado a la visita de la *playa de la casa de los cangrejos*.

Como última pregunta, los papás de Miranda querían saber si estaba muy retirada del pueblo. Al ser Miranda la más pequeñita y requerir muchas cosas para su cuidado.

—¡Tranquilos! Estaremos cerca de Barlovento. El viaje es a las playas de Tacarigua de la Laguna. Hay grandes espacios para estacionar los vehículos y acceso seguro a la carretera. Saldremos temprano para buscar un buen lugar, con el abastecimiento necesario para desayunar, almorzar y merendar en la playa.

El sábado, todos estaban listos desde muy temprano, con lo necesario embarcado ya. Cada niño con su morral a cuesta y su cuaderno de notas. Iniciando la abuela la distribución de tareas.

—Gabriela y Santiago: responsables de tomar las fotos de la actividad. Inclusive de las casas de los cangrejos habitadas y sin habitar.

—¡Listo, abuela! Ya están cargados los dos celulares.

—Carolina y Ana, a documentar.

—¡Listo, abuela! Son dos los cuadernos para reportar.

—Paolo, Miguelangel y Sebastián, a tomar colores, pues van pitar, todo lo que crean que debemos recordar.

—¡Listo, abuela!

—Para Valentina, Sofía y Miranda, la tarea es más fácil. Les toca gatear detrás de los cangrejos dueños de la mar. Y para los papás la cosa es igual. Están encargados del suministro de los alimentos y bebidas, incluyendo el traslado de los excursionistas. Con *Joven Aún* de pasajero, pues él también sale hoy a jugar.

Con todas las tareas asignadas, partieron los excursionistas casi a las seis y media de la mañana a disfrutar muy

tempranito de un amanecer a la orilla de la playa, contando con que la salida del sol alimentase los cinco sentidos de todos los excursionistas mientras las arepas de reina pepiada, carne mechada y/o queso amarillo alimentasen sus estómagos.

Al llegar a la playa, los abuelos revisaron que cada uno estuviese su equipo listo, tomando asiento en la orilla de la playa, sobre las esteras de palma que colocara la mamá de Paolo como comedor improvisado. Cada uno con su empanada o arepa en la mano y su jugo de parcha granadina compartiendo con la arena los granos de sal. Concluido el desayuno, los doce viajeros partieron sin mediar palabras. Ya todo estaba dicho, solo quedaba remar.

—¿Vamos a la derecha o a la izquierda?— Increpaba Santiago, que quería guiar.

Tomando las fotos con toda la tropa emprendiendo camino.

—Dejemos que nos guíen los sentidos. ¿Qué dice el viento? Marchemos a favor, para evitar los golpes de la arena sobre el rostro.

—Tenemos dirección de vientos hacia el este, a una velocidad que estimo de 6 a 14 Km/h y temperatura que oscila entre los 24 y 29°C, según la aplicación de mi celular. Indicaba en detalles *Joven Aún*, consultado su brújula y su celular.

—Es decir, debemos marchar hacia el sol, que viene saliendo por el este. Así caminamos en dirección contraria al viento. —Reportaba Santiago, con conocimientos de geografía que le venían de su hogar.

—¡A emprender la marcha!— Autorizaba la abuela con los pies descalzos y las sandalias en el bolso, para disfrutar de la arena mientras aún se mantiene fresca.

—¿Vamos calladitos o se puede hablar?— pregunta Ana, para reportar.

—De ratos hablamos y en otros, a callar. Así evitamos que los escurridizos cangrejos se escapen.

Se acercaron a la orilla de la playa una y otra vez, observando un sinfín de huecos pequeñitos en la arena que quedaban al descubierto al retirarse las olas.

—Allí, debajo de la arena, están los cangrejos. Unos descansando, otros buscando crecer. Necesitan de zonas blandas y húmedas para enterrarse e hidratar su casa y su piel. —Explicaba el abuelo, respondiendo una y otra pregunta que los chipilines querían hacer.

—¿Dónde están las casas de los cangrejos?— preguntó Paolo. —¿Son las conchas que llevan en sus espaldas? —Mostrando un cangrejo ermitaño que había encontrado en la orilla de la playa junto a un tronco y ahora sostenía en la palma de su mano.

Hacia él corrieron todos, sorprendidos de que llevara el cangrejo en la mano, sin demostrar nada de temor.

—Tiene dos palitos con ojos en la punta, ¿los ven? —Señalaba Paolo con su mano libre.

—Yo le cuento cinco patas, todas con garras. —Indicaba Sebastián un poco escandalizado.

—¡Tiene cuatro antenas! Dos que ven al frente y dos con las que toca el suelo —explicaba Gabriela, con una gran lupa que la ayudaba a ver mejor los detalles, con la ayuda de sus lentes.

—¡Está bien! Veo que son muy buenos observadores. Ahora Paolo lo va a poner en la arena, Miguelangel va a trazar un círculo alrededor de él con esta ramita y todos nos vamos a acostar en la arena fuera del círculo a observarlo un ratito.

—¡Sí, abuela! Yo creo que está asustado y se quiere ir con su mamá —decía Ana, agitando sus manos con auténtica consternación reflejada en su expresión.

Todos acostados en la arena, dedicaron tres minutos para observar, tomando luego la palabra *Joven Aún* para explicar que ese cangrejo no tenía concha propia, que tomaba conchas de las abandonadas en la orilla, pues su cuerpo blando requería protección extra para cuidarse de los depredadores. Cambiada de casa a su antojo, cuando le resultaba ya muy pequeña o pesada la que cargaba a cuestas.

—El cangrejo que consiguió Paolo se conoce como cangrejo ermitaño —continuaba su explicación— y en esa concha se oculta cuando sospecha de algún peligro. Por eso ocultó casi todo su cuerpo dentro de la concha, dejando afuera solo sus ojitos y sus antenas, en espera del momento adecuado para escaparse.

—¿Qué es un depredador?— interrogó Sebastián.

—El que se come a los demás. —Agregó Ana. —Mi papá dijo que el león es un depredador. Que se come casi todo.

—Así es, eso es un depredador. Para ese cangrejo nosotros somos unos posibles depredadores, por eso nos vamos a retirar con cuidadito y lo vamos a dejar tranquilo. Él retomará con seguridad su camino, pues el tronco de donde lo tomó Paolo está aquí mismo, a menos de un metro. Poco para nosotros, pero quizás mucho para un animalito de ese tamaño. Así que vamos a acercarlo y a dejarlo justo donde lo conseguimos.

Continuaron la marcha y siguieron surgiendo más preguntas.

—¿Cuántos años puede vivir un cangrejo?— preguntó Miguelangel.

—Yo creo que nunca se mueren. —Contestó Ana. —Si se pueden esconder de todos los depredadores, nadie se los puede comer, ¿verdad, *Joven Aún?*

—Algunos pueden llegar a vivir hasta treinta años, pero depende de donde vivan. Si son lugares donde camina mucha gente o esa misma gente pasa sobre sus casas en carro, moto o bicicleta, los pueden pisar. Para algunos pájaros los cangrejos son alimento. También podría ser que estuviesen en un lugar donde alguien decidiera construir alguna obra, como aquel rompeolas que ven allá. Las máquinas podrían hacerles mucho daño. Y hasta causarles, con culpa o sin ella, la muerte.

Esta información fue recibida en sepulcral y reflexivo silencio.

A unos diez metros, los esperaba la abuela junto a Miranda y Sofía, que jugaban con unas caracolas que habían encontrado en otra parte de la playa. El lugar parecía un banco de conchas, con caracolas de diversas formas, colores y tamaños.

—Estas chiquiticas son de chipichipi— atajaba Ana.

—Estas medianas son las de guacuco— mostraba Carolina, con las manos cargadas de conchas. —El chipichipi y el guacuco tienen dos conchas cada uno. Y además no tienen patas, se mueven con la lengua. —Demostrando con su boca como se desplazaban esos animalitos.

—Esta otra cosa es un erizo de mar, tienen forma de globo. Y no se tocan, porque pinchan. —Indicaba con el dedo y a una distancia prudencial Gabriela.

—Estas son ostras y no son de acá. Las trajo alguien para comérselas y las dejó aquí. —Indicaba la abuela, que conocía la fauna del lugar. — Las demás son caracolas, traídas a la orilla por las olas del mar. Hay muchas casas sin dueño para los cangrejos ermitaños que quisieran cambiar de casa.

—¡Por aquí, por aquí! Vengan sin hacer ruido. —Indicaba *Quisiera Contarte*. Y allí, frente a ella, un cangrejo en posición de defensa, defendiendo su territorio. De punta sobre cuatro pares de patas y el primer par activado para atacar, si fuese necesario. Un par alargado y puntiagudo con forma de pinzas, en los que se observaban pequeños dientes como sierras. Tenía coloración rojiza y se movía de derecha a izquier-

da, buscando escapar. Con ese no había chance, era difícil que se dejara atrapar y nadie quería herirlo o ser herido por él, lo que obligó a realizar una observación dinámica. Saltando de aquí para allá al son que marcaba el cangrejo.

—Tiene dos ojos y un par de antenas, como el cangrejo ermitaño. —Señalaba Carolina, saltando hacia atrás.

—Con caparazón propio, pero diferente al del guacuco, el chipichipi, las ostras y el erizo de mar.

—¡La foto, la foto! ¡Rápido, Santiago y Gabriela! ¡Se va a esconder!

Click, click. Se escucharon los sonidos de los celulares. Y esto fue lo último que lograron ver antes de que el cangrejo desapareciera en veloz carrera, cavando en la arena su escondite.

Llegaban las tres de la tarde y con la barriga vacía, todos estaban felices de todo lo aprendido. Tocaba regresar, compartiendo en ese viaje de vuelta los cambures y mandarinas que habían traído las mamás de Sofía y Miranda, encargadas de la atención de los más pequeños.

—¡A correr!— Invitaban Santiago, Ana y Carolina, pisando intentando evadir los huequitos en la arena para no destruir las casas de los cangrejos. Tocaba tener cuidado, para que ellos pudiesen vivir los treinta años que decía el abuelo.

En la estación esperaban el resto de los viajeros, ya con la comida servida, pero en cantidades que no pusieran en peligro la salud de los niños, que todavía deseaban disfrutar un rato del agua del mar.

Después de comer, jugaron en la arena a construir castillos y buscar conchas de mar, sabiendo todos que debían dejar lo de la playa en la playa y lo ajeno al mar, retornarlo a casa. Ni una basurita podía quedar, pues era *la playa de la casa de los cangrejos* y era obligatorio respetar la casa de los demás.

—Abuela, ¿sabes qué aprendimos?

—¡Díganme!

—Los adultos dicen «va para atrás como el cangrejo», pero hoy vimos que caminan para los lados.

El lebranche, legado de familia

EN CUALQUIER FAMILIA, enseñar a comer a los niños es una tarea que requiere paciencia y compromiso. En la de Carolina, esa tarea la vienen cumpliendo con extraordinarios resultados los abuelos *Quisiera Contarte* y *Joven Aún*, que han diseñado un método infalible y un conjunto de estrategias para fomentar la buena alimentación. Es así como planificaron un día especial para presentar a su nieta los protagonistas principales del plato favorito de la familia. Ya lo conocía de vista y de a poquito lo había probado, pero ahora estaba lista para pasar al segundo nivel de reconocimiento de un alimento: ver al pez en su hábitat natural, antes de convertirse en pescado.

En la casa de los abuelos nadie come obligado. Todo se consume con gusto y, si se presenta algún inconveniente, solo hacía falta un cambio de receta o un pequeño giro para entrar en sazón. Muchas veces un cambio de presentación bastaba para animar al comensal más reacio. Siempre se respiraba un aire de calma y receptividad, todos haciendo honor al cartel colgado a la entrada del comedor:

*Alimentarse es un juego.
¡Juguemos sin castigar!*

Era la madrugada del sábado y llegaba la hora de partir a la playa para cubrir la cita pautada.

—Despierta, Carolina —dice *Quisiera Contarte*—. Ya son las cinco.

—¿Ya se levantó el abuelo?— Se frotaba los ojos Carolina—. Un ratico más, abuela.

—¡No, no, no! ¡A levantarse, pues! Para que desayunes algo antes de salir, ¿no oíste la campana? La soné tres veces antes de venir.

—No, no escuché nada. Me costó dormir.

—¡Mala señal! El paseo de hoy requiere que estés muy atenta. Vamos a tener que dejarlo para la próxima visita entonces.

Y con estas palabras mágicas, Carolina brincó de la cama y se puso en pie enseguida.

—¿Qué va, abuela! Pero por eso no pude dormir, ¿sabes qué soñé?— preguntó Carolina con repotenciadas energías ante la posibilidad de perderse un día de excursión.

—¿Qué soñaste?

—Soñé que un lebranche me saludaba desde el cristal de una pecera grandísima y me decía que nos esperaba hoy en la playa, en el bote del señor José.

—¿Y cómo entendiste el lenguaje del lebranche?

—Le leí los labios, porque a través del vidrio no se le entendía nada.

—Es decir que crees que si ves a un lebranche lo reconocerías.

—Yo creo que sí. Tengo unas fotos que me dio mi abuelo. Las he visto muchas veces. Ya sé de qué tamaño es y qué forma tiene, pero me dijo el abuelo que hoy lo voy a tocar.

—¡Hola! ¿Hay alguien en casa?— Se escuchó el llamado desde la cocina. Era el abuelo, ya listo para salir.

—¿Dónde están los que se van y los que se quedan?— preguntó, con el desayuno para los tres puestos sobre la mesa. Y sin desperdiciar tiempo, comenzó a comer las frutas del centro de mesa.

Al instante, aparecieron Carolina y *Quisiera Contarte*, incorporándose a la mesa para desayunar. Expresando Carolina:

—Para mí solo jugo, abuela, que no tengo hambre todavía. A lo que *Joven Aún* contestó:

—Entonces sin más retraso, ¡vámonos! La playa nos espera y los lebranches también.

—*Joven Aún*, toma la lista de compras que está sobre la nevera. —Le recordó la abuela.

Al salir a la calle ya eran las cinco y media, con tiempo suficiente para pasar por el mercado buscando la masa de maíz pilado y luego ir a la casa de la señora Teresa por los plátanos maduros. El abuelo quería mostrarle a Carolina cómo se veían las matas de plátano y maíz cargadas.

Cuando tan solo habían recorrido una distancia cercana a los cien metros, exclamó Carolina:

—¡Abuelo, dejamos la lista de *Quisiera Contarte!*

—Olvídate de eso, nosotros salimos a buscar tan solo a los protagonistas y esos no está en ninguna lista. —Dijo el abuelo cruzando enfilado en dirección al mercado. —A los protagonistas los tenemos en nuestra memoria, muy especialmente si son los del legado de una familia.

—¿Qué significa legado, abuelo? —preguntó la niña, logrando captar toda la atención de *Joven Aún*, quien haciendo un alto en el camino para responder tan importante inquietud, se agachó a la altura de la pequeña, respondió:

—¡Uhhmmm! Legado es y será todo lo que *Quisiera Contarte* y yo les dejaremos a ustedes cuando partamos a un viaje con un destino lejano. Incluye lo que ves, tocas, hueles y sientes, pero también mucho de lo que no adviertes tú misma ni ven los que pasan a tu lado. Es todo lo está en tus recuerdos y en tu corazón, como la lista de los protagonistas. Algunas cosas no requieren lista de papel, pues están aquí en la cabeza y en el corazón, se saben de memoria —contestó con visible entusiasmo el abuelo, posando su dedo índice en la frente de Carolina. —También será nuestra casa, con todo y la sala de tertulias.—Añadió con una gran sonrisa, retomando el paso para llegar a tiempo al mercado.

—¡Buenos días, jóvenes aún!— decía el abuelo a todo el que quisiera escuchar, buscado en cada esquina a los vendedores de masas, encontrando cerca de la pescadería al señor Tomás, que tenía el kilo a buen precio y la masa fresca. Surtiendo al abuelo y brindando un guiño a Carolina.

—¿Tendrás tiempo disponible, Tomás?

—¿Cómo para qué?— respondió Tomás, sin dejar de ofertar su mercancía.

—Quisiera que explicaras a mi nieta el proceso de elaborar la harina de maíz pilado.

—Está bien. Lo haré lo más fácil que pueda. —Y mirando a Carolina, el señor Tomás empezó su relato:

—Primero, te diré que el maíz pilado es el grano sin su cubierta. El maíz sin la cáscara, pues.— Tomás sacó un grano desnudo de la bandeja y se lo ofreció a Carolina.

—Así sin cáscara se llama pilao. Y empleando un pilón de madera y un mazo de madera largo, que llamamos la mano de pilón es como se le quita la cáscara. Sé que en casa de tu abuela hay un pilón, ¿lo has visto?

—¡Sí!— dijo la niña. —Y además, he pilado maíz con la abuela.

—Perfecto. Lo primero es lavar bien el grano. Bueno es hacerlo dos o tres veces, revolviendo con la mano y sacándole las impurezas. Al principio el agua saldrá blancuzca por el almidón. Cuando ya lo lavaste bien, le añades agua limpia hasta cubrirlo y lo dejas en un bol entre 10 y 12 horas, hasta que los granos se hinchan. Es decir, se ponen más gorditos. Al día siguiente lo pones a hervir por 30 o 40 minutos hasta que están al dente. ¿Sabes lo que significa al dente?— preguntó Tomás.

—¡Sí! Como queda la pasta cuando se cocina.

—¡Muy bien!— dijo de nuevo Tomás. —Veo que te gusta la cocina. Lo dejas enfriar para luego colarlo, pasando

todos los granos sancochados por un molino de discos, como este que ves acá— dijo Tomás señalando un aparato que tenía a mano derecha —ya tendrás la masa a la que le agregarás la sal y ya estás lista. Ya tienes tu masa.

—¡Listo! Terminó la clase. Muchas gracias, Tomás.

—Hasta la luego, *Joven Aún*. Un placer. Cuando preparen, me traen para probar. Y cualquier cosa, yo necesito una asistente.

—¡Hasta luego! —respondió Carolina, despidiéndose con la mano.

Ya eran un cuarto para las seis de la mañana y tocaba aligerar el paso para conseguir a la señora Teresa en casa.

—¡Buenos días, joven aún!— dijo el abuelo a la señora Teresa, que atendía su puesto de frutas frente a su casa. —¿Cómo estamos por acá?

—Buenas, buenas, *Joven Aún*. Todo muy bien. Con unas matas cargadas de plátano y maíz que para qué te cuento. Mejor los invito y les muestro.

—¡Qué buena noticia! Porque justo traigo a mi nieta para que conozca esos productos directos de la mata.

Y allí estaban las plantas. Altas, bellas, fuertes y llenas de frutos. Con numerosos racimos y mazorcas para escoger. Procedió el abuelo a descargar medio racimo de plátano verde. Solicitando además una docena de maíz tierno para cachapas. Con su carga a cuesta y después de pagar, partieron los dos a paso apurado para llegar al muelle a tiempo para ver llegar a los pescadores.

—¡Adiós, joven aún! ¡Gracias!

—Nos veremos después, *Joven Aún*.

Al llegar a la playa ya eran las seis de la mañana. Con el sol saliendo por el este, anunciando la llegada del nuevo día. A lo lejos se divisaban los peñeros y los pescadores.

—¡Abuelo, llegó el bote del señor José!— exclamó la niña corriendo hacia la bahía y saludando a los pescadores. En minutos la embarcación estaba en la orilla descargando sus productos. Acercando el abuelo la cava para recibir los lebranches más frescos que pudieran esperar.

Carolina saltaba de felicidad mientras el abuelo acercaba la cava, descubriendo lentamente ante sus ojos, un tesoro con un fresco aroma y sabor a mar. Allí presentes, dos grandes ejemplares de lebranche, con cuerpo alargado, cabeza redonda, dientes muy finos, y varias aletas. De un color, dorado claro en su parte superior y plateado degradado en el resto de su cuerpo con escamas grandes y redondeadas.

—¡*Joven Aún!* es igual a los de las fotos y al que vi en mis sueños—, repetía una y otra vez Carolina, durante todo el regreso a casa, donde esperaba la abuela para preparar y disfrutar juntos del plato favorito de la familia. El legado gastronómico de lebranche frito, con tostones y arepas. Incorporándose oficialmente Carolina a la tradición de la familia.

El fin de semana concluía y Carolina se preparaba para volver a casa, repasando una y otra vez lo ocurrido durante esta visita a los abuelos. El sueño y encuentro con el lebranche pasaba a ser uno de los mejores descubrimientos de su

vida. En un mismo día verdad y fantasía. Una verdad que sabía a gloria y una fantasía que traía a su memoria el compromiso adquirido con los primos acerca de consultar a los abuelos sobre las posibilidades de regalar en Navidad unas mascotas a los a nietos.

Pensaba en el lebranche que le había conversado desde la pecera, cuando vio aparecer a la abuela en el borde de la puerta.

—¡Opa! ¿Lista para la partida? —interrogaba la abuela, invitándola a ver algo en el jardín. —Ven, te tenemos una sorpresa.

Al escuchar la palabra sorpresa, tomó toda la energía que le quedaba para incorporarse y calzarse los zapatos.

En el jardín esperaba el abuelo, arrodillado cerca de una caja de cartón grande, desde donde salían diversos sonidos parecidos a maullidos.

—Debemos hacer silencio —dijo la abuela, agregando casi en un susurro que el abuelo había encontrado esa tarde a la gatita dando vueltas en el jardín, maullando muy fuerte, con síntomas de intranquilidad, sospechando que se trataba de una gata buscando un lugar para dar a luz a sus gatitos. Por ello, le había preparado en un lugar tranquilo y apartado especialmente para ella, un área para el parto, empleando unas toallas dobladas, una caja de arena y un platico con agua, donde tumbada desde hacía poco más de dos horas, habían venido al mundo cinco lindos cachorritos. Dos de ellos de color negro, como su mamá y tres con claras rayas grises.

Allí se veía la gata, lamiendo y relamiendo los gatitos. Limpiando cada uno con mucha paciencia, haciendo pensar que el parto había concluido y ya podíamos retirarnos.

De inmediato, la abuela sacó algunas fotos para registrar el evento e informar a todos los nietos de lo ocurrido, agregando en el reporte las fotos tomadas en la mañana al lebranche, cuando fue descargado en la batea para cortarlo en rodajas y condimentarlo.

Al ver las fotos, a Carolina le llamó la atención la diferencia tan notable entre las pieles de ambos animales. Uno con capas de grandes escamas y el otro con una manta de pelos. A lo que agregó el abuelo, además observa que uno tiene ocho aletas para desplazarse, mientras que el otro tiene cuatro patas. —Además ambos tienen colas— agregó Carolina. Contestó el abuelo, —en realidad son muchas las diferencias, pero dejaré que las encuentres para que luego me comentes sobre ellas. Por ahora vamos a retirarnos, así la gata descansará junto a sus gatitos. Apagando la luz y cerrando la puerta del cuarto de herramientas. Dejando entreabierta una ventana del fondo.

Al llegar a la cocina, encontraron a sus padres en una grata conversación con la abuela. Acercándose para abrazarlos y pedir la bendición.

—Papá, mamá, tengo muchas cosas que contarles —decía Carolina—. Ha sido un fin de semana extraordinario y mañana la maestra querrá que le cuente todo. Para no olvidar los detalles, voy a realizar una composición con un dibujo y lo colgaré en la

puerta de la nevera. Le pondré muchos colores para que puedan imaginar lo que yo vi.

—Ahora a buscar la maleta y tu abrigo que ya debemos partir. —Indicaba su mamá.

Ayudaron al papá de Carolina a cargar una cava, donde el abuelo había colocado el otro lebranche que habían comprado hoy, el cual salía de allí limpio, adobado, cortado en rodajas y listo, nada más de freír. Entregándoles una mano de plátano y un kilo de masa de maíz cariacó, para que repitieran en casa el menú de hoy.

Un amor que nació de pronto y sin aviso

DURANTE LA SEMANA siguiente, Carolina elaboró sus composiciones y dibujos referenciados a los acontecimientos ocurridos el fin de semana. En cada narración y dibujo, incorporaba un nuevo detalle, lo que en sí mismo era un nuevo descubrimiento. Con lebranchés hablando a través del vidrio de la pecera o nadando libres desde la Laguna de Tacarigua hacia el mar. Por acá un gatito, por allá la mamá, amamantando a uno, ofreciendo un lugar, con ocho tetillas y cinco gatitos para alimentar. Detalles y más detalles. Colores y más colores.

Carolina al principio pensó que en un dibujo podrían entrar todos los acontecimientos y personajes, para declarar luego que faltaba el barco del señor José, también el mercado y el señor Tomás, quedando pendiente el molino de discos que muele el maíz. Y la gata con sus cachorritos también merecía un lugar. Sin olvidar a *Quisiera Contarte* y *Joven Aún*, los creadores de ese fin de semana tan especial. Con un pedacito para su lugar. Decidiendo entonces pintar en los cuadros sus

ojos no más, para demostrar que ella estaba aquí y también allá, aun cuando su cabello no pueda mostrar.

El martes, su mamá le avisó que estaba invitada el miércoles a comer lebranche preparado en casa, del entregado por el abuelo. Eso la llenó de alegría, amaba el lebranche y para ella no existía nada que pudiera sustituirlo. Pensó en los tostones, evocando los sabores y la sazón del abuelo, quien lo aderezaba con un toque de ajo, ligero para evitar el rechazo de los niños.

Así llegó el tan ansiado miércoles, evitando ese día Carolina consumir dulces para descansar su paladar. Al llegar a casa, corrió a bañarse y cambiarse, se incorporó a la mesa a la una en punto, inclusive antes que su papá, a quien invitaba a acudir rápido, so riesgo que la comida se enfriase. Un consejo que siempre le daban a ella, con resultados muy escasos hasta ese momento.

En el comedor se apreciaba el exquisito aroma de mar. Carolina cerró los ojos con el fin de captar más de lo normal, con sus cinco sentidos atentos a lo que iba a pasar. Se acercó su mami con el plato y ella aspiró fuerte evocando los sabores que la hacían viajar a Barlovento. Todo perfecto, no necesitaba más y abriendo la boca espero el bocado elegido por su mamá, quien pícaramente le metió una cucharada de una ensalada coleada en el banquete. Carolina, saboreó de a poco, sin descubrir. ¿Cuál de las delicias de los abuelos era esa? Sabía bien, era crocante, con un cierto sabor dulce avinagrado y retazos de mostaza y mayonesa; pensaba y revisaba los que llamaban en casa los recuerdos culinarios de su memoria y

nada, eso no lo conocía. Al abrir sus ojos encontró a su mamá sentada cerquita, sonriendo y preguntado la opinión acerca de la sorpresa del día.

Ella, que solo quería el mismo menú del fin de semana, se quedó sin palabras que decir, por temor a herir a su mamá. Contempló su plato, descubriendo en él una rueda de lebranche frito, los tostones y la arepa, acompañados de una montaña de algo entre naranja, blanco y morado, con pequeñas pinceladas verdes. Entre probar y probar, lo consumió todo, pensando al final que aunque era rico, su mamá no sabía cocinar y había violado el secreto que los abuelos le acababan de dar.

Al terminar su plato, guardó silencio, preguntándose ¿sabrá la abuela que mamá cambió el plato especial de la familia?, ¿de dónde había sacado el permiso? Y ¿por qué lo había probado con ella, la alumna predilecta de la abuela?

La sorpresa había empañado el día. Un legado era un legado y debía respetarse. Tal como era sin cambios ni variantes. Eso lo había alterado su mamá. En silencio retiró los platos y ayudó a arreglar la cocina. Con su mamá, escrutando hasta sus más mínimos movimientos, queriendo llegar a sus pensamientos.

Así concluía un día que alteró por completo el estado de ánimo de Carolina, quien se retiró a su cuarto, para pensar acerca de lo sucedido. Sin querer pintar ni contar nada sobre lo ocurrido durante la cena.

Esa noche volvió a soñar con el lebranche en la pecera, pero esta vez el también guardaba silencio, con el rostro triste.

Pasado un rato solo dijo: «Ese invitado de hoy pudo opacar mi sabor, fue un error tanto aderezo y mezcla de sabores. Yo era el protagonista de la mesa y la ensalada de repollo con zanahoria pretendió robar mi lugar».

Allí estaba la respuesta, esos eran los invitados presentes que estaban en la montañita. Sabrosos pero inadecuados, ratificaba Carolina, entre sueños, conversando con el lebranche que se expresaba desde la pecera.

Al día siguiente, Carolina seguía cabizbaja, sin entender su mamá la razón de tanta tristeza. Lo que obligó a consultar con *Quisiera Contarte*. La llamó y le contó todo lo acontecido, sin escatimar detalles, comprometiéndose la abuela a pasar un rato el día viernes, para conocer más detalles del caso y resolver el acertijo y solicitó a su hija, evitar informar a Carolina, que ella pasaría por allá.

El viernes siguiente, cerca de las nueve de la mañana, *Quisiera Contarte* estaba en casa de su hija. Llegó acompañada de una hermosa caja color naranja con visor que exhibía una hermosa torta en forma de volcán, cubierta con un glaseado del mismo color de la caja. Al Carolina ver a su abuela, la saludó con mucho afecto, tomó su mano para conducirla a la sala de reuniones y solicitó a la abuela un instante para buscar en la cocina una jarra de agua.

Una vez en la sala, Carolina comenzó a llorar repitiendo entre balbuceos que su mamá no sabía cocinar el legado.

—¿El legado? ¿De qué legado hablas? —pregunto *Quisiera Contarte*.

—El del lebranche, abuela, el del lebranche...

—¡Ah, caramba! Y ¿cómo ocurrió eso y en dónde? ¿Me lo quieres contar?

—Ocurrió aquí, ayer al mediodía— dijo Carolina muy bajito, pero enérgicamente. Cuando mi mamá alteró el menú del plato favorito de la familia. Imagínate, abuela, incorporó una ensalada de repollo con zanahoria, cargada de sabores y colores, quitándole el protagonismo principal del plato, al lebranche a la hora de presentar el almuerzo. El lebranche, ya lo sabe y ayer estaba bastante herido y fuera de control.

—¿Y cómo lo supo el lebranche?

—Eso no lo sé, pero ayer me lo dijo enojado, en la noche durante uno de mis sueños. Indignado, por la presencia en nuestra mesa de la ensalada de repollo con zanahoria.

Quisiera Contarte estaba entre sorprendida y feliz, Carolina había presentado todos sus argumentos de manera tan precisa y contundente. Eso dejaba claro que en su corazón atesoraba muchos legados de familia y estaba dispuesta a defenderlos con la fuerza de la razón. Al escucharla, brotaron lágrimas de su corazón, de esas que no se ven, ni pueden tocarse como el legado, abrazando a su nieta con fuerza, llenándola de besos y caricias. Deseó tener su cámara a la mano para grabar para el recuerdo ese momento tan especial. Sin embargo, sabía que ninguna olvidaría esta conversación que quizás se repetiría en otro momento con distintos personajes, en ese lugar.

Ahora quedaba claro el acertijo y tocaba tomar cartas en el asunto. Pensando en eso la abuela se acercó al gabinete

donde se encontraban los platos y cubiertos de verdad, los colocó sobre la mesa, acercó las sillas y retiró la tapa de la caja rosa en donde venía el invitado de ese día. Cortó una pequeña porción para cada una, llenó los vasos con el agua e invitó a Carolina a tomar su lugar.

—Estoy muy feliz por tu defensa de nuestro menú familiar. Sin embargo, me has hecho reflexionar acerca de algunos aspectos. Creo que ha llegado el momento de incluir algunas variantes en esa tradición familiar. Déjame pensar un poco, mientras disfrutamos de esta rica torta. Tomando ambas una pequeña porción que llevaron a la boca al mismo ritmo, como si se tratase de un baile sincronizado. Cerrando los ojos y exclamando.

—¡Uhhmmm! ¡Por Dios! Cuánta ricura.

—Dime, Carolina, qué puedes decirme de esta delicia...

—Puedo decir que a la vista es una torta en forma de volcán, de un cierto tono marrón y pequeñas pinceladas color naranja, con un glaseado también naranja. Al olfato se siente un aroma a limón, con toques de melao de papelón. Al oído, se aprecian unos pequeños ruidos similares al del maní cuando se rompe con los dientes. Al tacto, suave, esponjosa, con una miga suelta, lo que siento con las manos y la lengua. Mientras que al gusto es un tanto dulce, con un cierto sabor a uno de los ingredientes de la ensalada intrusa que preparó mi mamá. —Así explicaba Carolina su degustación, quizás en sus palabras de niña, pero en la traducción de la abuela era esta precisamente la exposición de su experiencia frente al deleite de sus sentidos.

Abrió los ojos y declaró de manera inmediata —Esta torta es de zanahoria. ¿Lo descubrí, abuela? Dime que sí.

—Pues sí. La torta es de zanahoria y de eso quería contarte. La ensalada intrusa, ¿te gustó?, dime con sinceridad.

—Por supuesto abuela, la disfruté un mundo.

—¿Qué me dirías de la torta?

—Que es exquisita también.

—Entonces, a partir de este momento estos dos platos pasan a formar parte de nuestra comida familiar. He pensado que es importante ampliar nuestro reconocimiento a las recetas de familia. Se me ocurre que podríamos presentar un invitado especial en cada reunión sin quitar el protagonismo a nuestro lebranche, que sería siempre el gran anfitrión.

—¿Y cómo sería en Navidad? ¿El lebranche sería el invitado de la hallaca?

—Ella también tiene su fiesta.

—Pues sí. Sería de esa manera.

Luego de tan profunda reflexión, Carolina recuperó su alegría y corrió a decirle a su mamá que la zanahoria, también sería protagonista en las comidas de los festejos, solo que el lebranche seguiría siendo el actor principal. Colocando así en un 50/50, la presencia de actores protagonistas en la comida familiar. El lebranche y el tostón a nombre de los varones y la arepa y la zanahoria, por las mujeres. Un detalle importante en una familia con ideas libertarias.

Así nació de pronto y sin aviso, el amor de Carolina por la zanahoria.

¡Queremos mascotas!

Carolina se había comprometido a adelantar el tema de las mascotas para el próximo encuentro entre primos. Hasta ahora su progreso venía bien. Eran diez nietos, dos de ellos con mascotas y ocho con deseos de tenerlas. Con variantes a considerar, pues algunos vivían en casas y otros en apartamentos, con requerimientos y ventajas que debían tomarse en cuenta al momento de seleccionar la más adecuada para cada caso.

Había tocado el tema de manera discreta con el papá de Gabriela, *Quisiera Contarte* y *Joven Aún*, coincidiendo los tres en que, a partir de los tres años, un niño podía tener una mascota. Sin embargo, resultaba necesario tomar en cuenta la edad del niño y las necesidades de cuidado de cada animal.

El abuelo le había explicado que existían por lo menos tres tipos de animales de compañía que la gente solía utilizar como mascotas. Los domésticos, los que solo se podían amansar y los silvestres. Los primeros, que lograban reconocer a sus dueños entre multitudes y responder a sus requerimientos; los segundos que, aunque dóciles con salvadas excepciones, reco-

nocen a un solo dueño y los terceros, quietos en condiciones especiales pero listos a presentar en cualquier momento su comportamiento al natural. Estos últimos los menos adecuados como animales de compañía, debido principalmente a sus necesidades de libertad y rechazo al cautiverio.

Luego de todas sus diligencias, al fin tenía una lista de posibles animales a considerar como mascotas. La lista la encabezaban los de siempre, perros, gatos, loros, peces y canarios; seguidos de unos medianamente tradicionales, como conejos y hámsteres; y al final el grupo de los animales exóticos, donde se encontraban gecos, arañas, hormigas, culebras y morrocoyes. Algunos ya presentes en la familia, aunque pareciera extraño y otros fáciles de conseguir, lo que haría posible tanto la selección como la adquisición y mantenimiento, pues la experiencia privaría a la hora de decidir.

En materia de mascotas, la que tenía mayor experiencia era Gabriela, quien había aprendido a cuidar junto a su papá, la variedad más grande de mascotas, entre estas arañas, ciempiés, morrocoyes, tortugas, gecos, peces y perros. Le seguía Miranda, que aun siendo la más pequeñita, contaba con la compañía de un perrito, un poco mayor. El resto, tan solo había compartido pequeños ratos con las mascotas de los primos.

Con toda esa información en mente, concluía Carolina que ya estaban listos para tratar el tema esta tarde, durante la fiesta convocada en su casa para celebrar el cumpleaños de uno de los tíos. Gabriela fue seleccionada como directora del debate por ser la que poseía mayor experiencia en estos asuntos.

A las cuatro de la tarde los primos estaban completos, decidiendo reunirse antes de la llegada de *Quisiera Contarte*. Tomaron los marcadores para que Santiago anotara los nombres de las mascotas en una de las pizarras acrílicas, quien cumplió la tarea sin mayor dilación.

—Ahora apuntemos, cuáles son los más fáciles de cuidar—, recomendó Gabriela, quedando entre los primeros: perros, gatos, morrocoyes, loros, canarios, conejos y gecos.

—Por favor, ninguno que se tenga en jaulas—, coincidieron Miguelangel y Ana. Lo que descartó loros, canarios y conejos.

—Tampoco los que no se puedan tocar y soltar por los cuartos para jugar.

Quedando descartados los conejos y gecos, solo manejables para niños de mayor edad.

—¡Bueno! Chequeando todo, tan solo nos quedan los perros, los gatos y los morrocoyes. —Resumió Gabriela y Carolina añadió que en la casa de los abuelos una gata había parido y los morrocoyes también, contando con quince mascotas que buscaban un dueño.

—Yo quiero un gato y dos morrocoyes, en casa tenemos una vieja pecera y será su casa. —Explicó Santiago, mientras Carolina tomaba nota de su ofrecimiento.

—Yo con un gatito me quiero quedar —añadió Sofía, que quería ser mamá.

—Yo paso —indicó Gabriela—. En mi casa ya no caben más —mientras Valentina indicaban que tenían que preguntar a su mamá.

—Para mí, un gato —dijo Sebastián.

—Yo quiero un gatito y dos morrocoyes también —se anotó Carolina—. Aquí tenemos patio y ellos podrán jugar.

—También quiero un gato —dijo Miguelangel pidiendo que anotaran su pedido, terminando con la disponibilidad de gatitos, por lo que al resto le tocaría un morrocoy.

—Entonces para mí un morrocoy —declaró Ana—. No requiere jaula y tenemos una cama de arena profunda que le va a gustar.

—¡Buenas tardes! —Llegaban los abuelos, que ya para el cierre tendrían la palabra final. Los niños se acercaron a saludar y recibir las bendiciones, apartándole sitio a *Quisiera Contar* y *Joven Aún*, en sus poltronas de honor.

—¿En qué andan? —Quisieron saber los abuelos.

Tomó la palabra Gabriela en su rol de directora para indicar que ya todos tenían más de cuatro años y querían tener mascotas. Bueno, que en realidad ella ya tenía, al igual que Miranda, pero estaba encargada de ayudar a seleccionar lo que convenía.

—En total, cinco quieren gatitos y tres morrocoyes—. Con condiciones y deseos de atenderlos. Ahora tan solo queda aprender a cuidarlos y prepararles su espacio, mientras crecen un poco más antes de venir a nuestras casas.

—¡Uhhmmm!, en realidad falta algo más —increpó Santiago—, los permisos de nuestros papás.

—¡Denlo por hecho! Hoy mismo conseguimos esos permisos, con el compromiso que vayan a Barlovento por unos días a aprender a cuidarlos. ¿Estamos?

—¡Sí, sí, sí! —gritaban todos. Ya el mandado estaba hecho.

—Repartidas todas las tareas, yo también me comprometo a participar en la mudanza de sus futuros animales de compañía. A mi cargo corren los baños de arena para los gatitos y casas de tierra para los morrocoyes, con pequeñas lagunitas para que se bañen y una cueva para que se oculte al querer dormir. Así facilitamos la vida de unos animalitos que no son juguetes y deben cuidar como a un buen amigo.

—¡Sí, sí, sí! —gritaban todos—, los vamos a querer y a cuidar.

—En casa, mi gato llevará un gran lazo y se llamará Amistad—, dijo contenta Sofía que ya imaginaba en casa a su gatito.

—El mío será Sansón, yo lo quiero macho y que cace ratón—, dijo Santiago seguro de que el gatito sería uno de sus animales de compañía hasta que estuviese viejito.

—Para mí una hembra y se llamará Bombón. Ella será dulce y cuando crezca tendrá gatitos también—, contaba Carolina, ya casi en la puerta pensando en el sitio que le iba a preparar.

—¿Qué nombre le tienes al tuyo?— preguntaba la abuela a Sebastián.

—A mí me gusta Caya, como el de un perro que tuvo mi mamá.

—¿Y tú, Miguelangel? ¿Qué nombre le darás?

—Si es hembra será Vainilla y si es macho Chocolate. Me gustan los nombres de gastronomía. Además me com-

prometo a poner las botellas y potes plásticos para guardar el agua fresca y la comida de los animales, de esos con tapa que guarda mi mamá.

—Con los nombres listos, será más fácil que sus papás acepten a los que serán sus futuros amigos— comentó la abuela, haciéndole un guiño a *Joven Aún*.

—Ya todos los gatitos están colocados. Tan solo falta ahora conseguirles hogar a seis morrocoyes.

—Abuela, propongo que los ofrezcamos como regalo en mi cumpleaños, para aquellos niños que quieran un animal de compañía. Los guardamos en una cajita y le colocamos un lazo—. Comentaba Carolina. —Yo tengo muchas cintas de las que uso para mi cabello—.

—Yo me comprometo a elaborar, con la ayuda de mi papá, unas tarjetitas con las instrucciones de cuidado para los animales de compañía, de esas que se puedan pegar en la pared para chequear siempre, si lo estamos haciendo bien.

—¡Perfecto!, ya ven que en equipo todo se puede arreglar.

—¡Vengan todos, a cantar cumpleaños!—, se escuchaban a diversas voces decir.

Corrieron todos a la sala, dando por concluida la reunión.

Así nos hicimos semilleristas

QUISIERA CONTARTE PRESENTÍA que las visitas de sus nietos para entrenarse en el cuidado de los futuros animales de compañía podría ser traumático para los gatitos y los bebes morrocoyes. Esta inquietud estuvo rondando por su cabeza durante varios días, hasta que un día cuando tendía la ropa en el jardín, viró la mirada para descubrir diversos retoños de plantas en el huerto y su entorno. Por acá mango, por allá frijol; cerquita de la puerta algo que parecía melón, con brotes de monte por cada rincón y la pira tomando espacios cerca del zanjón.

Allí estaba frente a sus ojos la solución a su preocupación. Distribuiría tiempos entre los animales y la vegetación, para enseñar a los niños acerca de reproducción. De inmediato tomó su cuaderno de notas, un bolígrafo y una pequeña cámara digital, preguntándose. ¿Cuántas y qué plantas tendrían en su jardín?, algo dispuesta a documentar mientras diseñaba de a retazos el próximo juego a compartir con los nietos y *Joven Aún*.

En el primer recorrido identificó más de quince plantas, entre terrestres y aéreas; hierbas, arbustos y árboles; de hojas o frutos comestibles; alimenticias, medicinales y ornamentales. Un mundo inmenso en un espacio de poco más de cien metros cuadrados que merecía ser descubierto por los niños y ella también, al darse cuenta que luego de tantos años de vivir allí, lo conocía quizás muy poco.

La idea en su mente era enseñar a los niños a identificar las plantas, sus semillas, flores, frutos y brotes. Ya en su cabeza, lo acababa de armar, elaborando la lista de lo necesario para trabajar, tres pliegos de papel bond, tres marcadores punta gruesa de diferentes colores, cuatro reglas plásticas de 30 cm, dos lupas, una palita de jardinería, diez vasitos plásticos para sembrar, cinco bandejas de anime para las semillas; un saco mediano de tierra abonada, diez palillos de floristería o cucharitas plásticas, cuatro pinzas de cejas, diez rociadores artesanales, un rollo de papel absorbente y cinco semillas de diversas plantas.

Eran las siete de la mañana de un día cualquiera. Adecuado para llamar a sus hijos, explicar el proyecto y designar las tareas, para realizar a finales de mayo lo que sería el *1er Taller Infantil de Semilleristas*.

—¡Buenos días! —escribió a través del chat, con una corta explicación de la actividad.

—Evento: *1er Taller Infantil de Semilleristas*; lugar: casa de los abuelos *Quisiera Contarte* y *Joven Aún*; fecha: último domingo de mayo; hora: 8 sin falta, tecleaba el abuelo.

—¿Quién los va a llevar? —Escribía uno.

—Yo me comprometo, —decía por fin el papá de Santiago, que también quería ir y participar.

—Pásenme la lista que la voy a buscar con Carolina, Gabriela y Paolo—, decía la mamá de Carolina que le encantaba jugar.

—Yo pongo las frutas, ¡haré una ensalada! ¡No se diga más! —Escribía contenta la mamá de Sebastián.

—Pongo la comida, prepararé shawarmas a la venezolana, ¡con carne, pollo y también vegetal! ¡Solo para niños, los viejos no van! —Siempre en la comida el papá de Miguelangel.

—Pondremos el saco de tierra que van a necesitar. Quizás ponga dos para el huerto de mamá—, escribía la mamá de Sofía y Valentina, con huerto en su casa y frutas de más.

—Pondré el chocolate que van a tomar—, tecleaba la mamá de Miranda, que llegaba tarde a la conversación por chat.

—Yo me comprometo a limpiar y ordenar, actuar de enfermera si alguien se llega a cortar —, me anotan en la cola iré a ayudar—. Así cerraba el turno de las participaciones, con todo organizado a través de un chat.

—¡Perfecto! —Con tecnología se avanza más, esto en otros tiempos todo recaería en las manos de nuestros papás—, agregó el papá de Gabriela, quien también elaboraría los certificados digitales a enviar a los niños a cada correo, como un reconocimiento a sus avances en materia digital.

—Cada vez me gusta más esta tecladera que resuelve en una hora, lo que hubiese requerido varias semanas. Gracias a todos por enseñarme a conversar por chat —escribía el abuelo, que ya no daba para más.

—¡Adiós!, la bendición para todos. Me voy a almorzar.

Concluía la conversación y la organización de la actividad, cubiertas todas las aristas y mucho más.

—¡Millones de bendiciones! ¡Gracias a todos! Ustedes son nuestros hijos favoritos—. Con flores, besos y abrazos de despedida que llegaban a través de todos los números de contacto del grupo.

Pasaron los días y llegó el segundo domingo de mayo. El siempre esperado Día de la Madre. Ese fin de semana ninguna de las mamás cocinó. Ni tan siquiera *Quisiera Contarte*. Todas fueron retiradas de la cocina y del comedor, acompañando a los niños en la sala, en donde la abuela explicaba cómo se desarrollaría el Taller de Semilleristas.

—¡Uhhmmm! ¿Qué es un Semille...? ¿Semille qué? —preguntaba Sebastián.

—Son los que saben reconocer, cuidar y sembrar las semillas— contestaba Sofía, diestra en el tema, pues siempre trabajaba con su mamá en el huerto de la casa.

—¿Qué semillas? —Indagó Gabriela.

—¿Las que queremos?

—¡Por supuesto!, díganme cuáles conocen. —Recibiendo de respuesta los nombres que llegaban de todas las direcciones, ¡mango!, ¡aguacate!, ¡melón!, ¡naranja!, ¡limón!,

¡lechosa!, ¡parchita!, ¡tomate!, ¡ají!, ¡pimentón!, ¡cacao!, ¡auiyama!, ¡guayaba!, ¡araguaney!, ¡caraota!, ¡cedro!, ¡pamate!, ¡coco!, ¡maní!, ¡mery!...

—¡Perfecto!, ya no digan más. ¿Las conocen a todas? —, se escuchó un sonoro coro de ¡Sí!

—Las hemos visto en los parques, paseos, patios, huertos y jardines —Carolina mostró una vaina de guama, oculta en su espalda. Muy marchita ya, que solía usar como arma, para pegar a los demás.

Sofía y Valentina entregaron a la abuela una caja de zapato con diversos frasquitos de vidrio etiquetados y con tapa, donde podían observarse las diecisiete de las semillas nombradas por los niños y tres más grandes colocadas en otra caja en bolsas plásticas también etiquetadas y tres cocos, igual cantidad de semillas de aguacate y mango. Así cada uno se acercó a la abuela y entregaron lo acordado por sus papás.

—¿Tú sabes, abuela? ¿A qué te pareces con todo eso alrededor? —dijo Valentina.

—¡No! ¿A qué?

—A una mamá árbol, de las que aparecen en la televisión.

—Es que quizás eso soy y ustedes son mis retoños. Quisiera contarte que, así como en el cielo tenemos una Osa Mayor, que es una constelación de estrellas que se puede ver desde todas partes del mundo, acá en Venezuela tenemos una Abuela Mayor. ¿Han oído hablar de ellas, de la Osa Mayor y de la Abuela Mayor?

Se miraron la cara entre ellos y Valentina tomó valor para decir que —En la escuela tenían un libro de estrellas con la Osa Mayor y que, su abuela mayor era *Quisiera Contarte*. Mientras los demás se unían al coro.

—¡Gracias, mis neños, por verlo así!, pero la abuela mayor es la abuela de todos y la mía también, es la Abuela de la Humanidad. Se llama la *Abuela Kueka o Piedra Kueka*. Ella estuvo por unos años fuera de Venezuela en contra de su voluntad. Como los animales que vemos en los zoológicos. Estuvo en un museo de Alemania, pero ya volvió. Muchos de sus nietos la fueron buscar un día y solo retornaron, cuando permitieron volverla a traer.

—¿Y de qué tamaño es? —preguntaron todos a la misma vez.

—Es muy grande y está personificada en una enorme piedra de jaspé, de casi 30 toneladas. El peso de cuatro elefantes. ¿Se lo pueden imaginar? Hoy, ya está en su casa en Santa Cruz de Mapaurí, en la Gran Sabana. Un lugar sagrado para nuestro pueblo pemón. Ese es un cuento largo y bello que algún día les voy a contar. ¡Ahora, vengan y me dan un beso!...

Luego, la abuela declaró en la mesa que ese había sido uno de los días de la Madre más hermosos, con tanta vida y vitalidad en casa. Su familia, la de la gata, los morrocayos y los diversos retoños del jardín. La suma de los hijos e hijas de todas y todos, pues en pocos días sus nietos retirarían a sus compañeros de juegos con el compromiso de cuidarlos, como un buen papá.

Durante las siguientes dos semanas, los niños prepararon los materiales que emplearían para participar en el juego se distribuyeron los integrantes de los equipos entre adultos, niños y niñas, procurando incorporar en cada uno personas de diferentes edades, para tener una competencia más pareja. Entre ellos se consultaban y fijaban estrategias.

—¿En qué consiste el juego? ¿Cómo vamos a entrenar?
—Se quejó Santiago, con ganas de ganar.

—Aplicemos los cinco sentidos y con los ojos cerrados, tratemos de reconocer las semillas— recomendó Sofía, que en eso de huertos conocía más.

—Metamos las semillas en una bolsa, introduzcamos la mano y tratemos de identificarla. El que más acierte será el ganador.

—¿Y?, ¿qué ganará? Por un premio chimbo, yo no voy a jugar —, sentenció Santiago, dispuesto a ganar.

—En la nevera hay helados, creo que ocho de mantecado. Pongo los helados.

—¿Quién pone algo más? —dejo Carolina.

—¡Eso está perfecto! Agregó un juego de video de acción y poder y una perinola pues yo tengo tres. —De nuevo intervenía Santiago, muy competitivo él.

—Yo pongo una muñeca con coche también. Ya yo estoy muy grande y ahora quiero correr—. Sumó así Gabriela otro premio para el juego.

—Pondré tres chupetas y una bolsa de merey, me las dio mi papi para compartir llegado el momento de nuestro festín.

—Por acá cambures, mandarinas y naranjas ya peladas— que sacó Paolo de su morral.

Colocaron todos los premios en la mesa en espera de los ganadores. Cada uno con un turno para adivinar. Sin trampas posibles, pues además de primos eran panas y entre amigos las trampas se ven muy mal.

Le retiraron la funda a una de las almohadas del Cuarto de Cuentos, introduciendo en ellas hasta tres semillas por tipo. Designaron a Carolina y Santiago como encargados de soportar el peso de la bolsa de semillas y facilitar la participación de los jugadores.

Las reglas eran claras, al tocar alguna semilla, ya no la podían cambiar, debía describirla y decir de qué se trataba con posibilidad de ser ganador hasta con un mínimo de tres características expuestas y así tener oportunidad el siguiente en edad, hasta completar la ronda. El que reconociera la semilla obtenía un punto en su turno, anotándose un tanto en la pizarra magnética. Quien obtuviese más puntos sería declarado ganador, con la oportunidad de elegir un máximo de tres regalos por persona como premio. Con premios para todos, según la cantidad de donaciones que se veían en la mesa.

—Yo llevo los puntos —declaró Gabriela tomando los marcadores y escribiendo en una columna los nombres de todos los jugadores, ordenados de menor a mayor, con una columna para colocar los puntos y otra para sumar el total.

—A chequear los premios, que quede bien claro por lo que vamos a competir. Chequeando en la mesa lo depositado:

ocho helados de mantecado, un juego de video, una perinola, una muñeca con su coche, tres chupetas de colita, una bolsita de merey, cinco cambures, cinco mandarinas y cinco naranjas peladas partidas por la mitad.

Tocaba el turno a Miranda, quien al meter la mano chocó contra la semilla más grande del grupo.

—Es grande, redonda y tiene carne y agua por dentro—. Y digo que es de coco—. Dijo, y sacó de la funda la semilla descrita.

—¡Perfecto, coco! —Punto para Miranda.

Tocaba a Valentina meter la mano y tomó la semilla del aguacate.

—Es grande, pero más pequeña que el coco, con forma de huevo y una cubierta fina. Y digo que es de aguacate —dijo sacando de la funda la semilla descrita.

—¡Perfecto, aguacate! Punto para Valentina.

Tocaba el turno de Sofía para introducir la mano, quien hurgo hasta el fondo y dijo:

—Es pequeña, redonda, negra con muchos adornitos. Y digo que es de lechosa. —Dijo sacando la funda la semilla descrita.

—¡Perfecto, lechosa! Punto para Sofía.

El turno era de Paolo, quien también se arriesgó y llegó hasta el fondo, para decir luego:

—Es mediana, con rayitas y hebras. Y digo que es de mango —dijo sacando de la funda la semilla que tenía en su mano.

—¡Perfecto, mango! Punto para Paolo.

Así continuó el juego, con aciertos y desaciertos y concluyeron que las más difíciles de diferenciar eran las de ají y pimentón por ser las más parecidas. Terminaron el juego y los participantes retiraron sus premios. Sin diferenciar los lugares de llegada, cada uno podía tomar tres premios y había para todos. Con la muñeca y el coche, ya en poder de Valentina y el juego de video en las manos de Miguelangel, que quería aprender a jugar. Con diez participantes e igual número de ganadores, quién no iba a querer jugar.

Llegó el tercer domingo de mayo y todo estaba listo, con una bandeja llena de semillas de pimentón y ají, para ver si *Quisiera Contarte* o *Joven Aún* las podían diferenciar. Fue tanta la práctica que ahora querían aprender más.

—¡Bienvenidos todos a nuestro *1er Taller de Semillistas Infantiles!* Por acá los morrales, para no estorbar. Serán dos equipos cada uno de cinco, con un adulto que los va a ayudar.

—Nombremos los capitales de cada uno y al juez.

—De jueza, Gabriela y, de capitanes: Carolina por las niñas y Santiago por los niños— anunciaron los niños luego de deliberar.

—¿Quiénes con cada equipo? —contestó Carolina.

—En el nuestro, Sofía, Carolina, Paolo y Sebastián, acompañados del papá de Santiago, para equilibrar.

—En el nuestro, Santiago, Miguelangel, Miranda y Valentina, con la mamá de Paolo, por las medicinas.

—¡Los premios, los premios! ¿Qué cosas serán?

—Un viaje a la playa cuando quieran ir —informó la abuela.

Listos los equipos y la jueza, se entregó a cada capitán una bandeja de anime con tres ejemplares de quince semillas diferentes, organizadas por montoncitos; una pinza, una lupa y una cucharita. Sentados los contrincantes de espalda entre sí, cada equipo debía seleccionar una semilla y ofrecer hasta cinco características a objeto de que el otro equipo descubra a cuál se referían. Si el equipo contrario logra identificarla, se le otorga unos puntos al equipo contrario, de lo contrario ganaba el punto el equipo que había seleccionado las semillas.

—Es anaranjada, larga y semi puntiaguda en los dos extremos, pequeña y delgada— describía el equipo de Carolina.

—¡Esa es de melón!

—¡Perfecto!, punto para el equipo de Santiago— sentenció la jueza.

—Es amarilla, pequeña, gorda, casi cuadrada, con forma de diente, refería el equipo de Santiago.

—¡Esa es de maíz!

—¡Perfecto!, punto para el equipo de Carolina— sentenció la jueza.

Así transcurrió la mañana. Con unas descripciones más claras que otras y semillas difíciles de diferenciar, como las del apamate y las del araguaney. Lo que sin reclamos ni objeciones produjo un empate. Iría el día siguiente a la playa, todo el gran tropel.

El regalo para Carolina: la primera cata infantil de dulces

SE ACERCA EL cumpleaños de Carolina y cada integrante de la familia de *Quisiera Contarte* la quiere agasajar, en agradecimiento por la ayuda que brinda a la abuela en el cuidado de los pequeñines. Asume su rol de nieta primogénita con tal compromiso, que suelen olvidar que es tan chiquitica como los demás. Arregla morrales, prepara la mesa y ayuda a fregar con tanto cuidado que todos lo notan si llega a faltar.

Para sus regalos algunos apuntan a lo tradicional, unos moños de colores, una muñeca, un balón y en un bello morral. Pensaba en eso el abuelo mientras buscaba lo que él y la abuela querían regalarle a su nieta barloventeña. Lo conseguirían esa misma tarde en la salida que tenían a la capital.

—Todo eso lo tiene. ¿Por qué, duplicar? —¡Eso no tiene gracia! y, ¡además está mal! —dijo y partió a la cocina en busca del celular para comenzar a chatear, por el grupo de la familia que allí todos están, lo que evitaría tener que murmurar cerca de los niños que pueden pasar la novedad.

—¡Buenos días a todos!, por acá su papá.

—¡Buenos días, papi! ¿Qué tal por allá?

—Todo bien en casa. Su mami está en el patio, ya se incorporará. Estamos buscando pistas para el regalo de Carolina. ¿Qué tienen por allá?

—Ella quiere una bicicleta, que ya compramos y está escondida en el estacionamiento. Escuché algo de casco de motorizados. Lo quiere para sus retos a la gravedad. Nos asusta un poco, pero seguirá igual dando volteretas, con o sin el casco y se puede golpear. Si alguien se anima, están autorizado para regalar—, escribía apurada la mamá de Carolina.

—¡Me anoto con el casco! —dijo la mamá de Paolo—. Voy saliendo al centro y pasaré a la tienda buscando uno color naranja, su color favorito.

—Nosotros le tenemos una maquina de hacer bombones, pues cada vez que viene, prepara montones. La tenemos escondida de los ojos de Santiago, que es un lince para adelantar las sorpresas.

—Si obtengo alguna pista, la pasaré por acá. Nosotros ya le compramos un videojuego de animales —. Indicó el papá de Gabriela.

—Y lo de las mascotas, ¿cómo va? ¿Se van a entregar en el cumpleaños?

—¡Sí! El lunes pasado ayudé a mi papá a preparar los baños de arena de los gatitos y las cunas de tierra para los morrocayos —contestó al instante el papá de Miguelangel.

—¡Dios los bendiga a todos! Seguiremos pendientes. —y se despidió del grupo con un hasta luego.

Al llegar a la cocina, *Joven Aún* escuchó a *Quisiera Con-
tarte* decir «Nuestro regalo será realizar el año que viene una
Cata Infantil de Dulces».

—Eso obliga a realizar varios cambios.

—El ayuno de dulces durante las dos primeras semanas
de agosto quedará igual. Al igual que la celebración el segun-
do sábado de ese mismo mes.

Esta tradición tiene más de veinte años en la familia
enriqueciendo la cocina de todos y los paladares de cada uno.

—Siempre los sorprendo con mi capacidad de identifi-
car el uso de harina de trigo o maíz cariaco en un postre, tan
solo por su aroma. Esta vez me inventaré otro truco.

—En cuanto al tipo de gastronomía seguirá igual. Todo
debe pertenecer a la gastronomía venezolana, latinoamerica-
na o caribeña.

—En esta oportunidad los tíos estaban excluidos de
la invitación y exonerados de preparar cualquier dulce. Solo
facilitarán la llegada puntual de todos los nietos, con la ropa
necesaria para pasar el fin de semana en Barlovento.

Concluida la revisión, la abuela se incorporó al grupo
de *chat* para informar que:

—Nuestro regalo está listo. Para el cumpleaños nú-
mero seis de Carolina, realizaremos la *1era Cata Infantil de
Dulces*. Por tanto, tenemos varios cambios que enviaremos
por correo.

—¿Cómo es eso? Esa tradición tiene más de veinte
años en nuestra familia.

—Está decidido. Vamos a incorporar a nuestros chiquitos y no se diga más.

—¡Mamá! ¿Consideraron la dificultad de lidiar con nueve niños con edades entre los cuatro y seis años, con pequeñas diferencias de meses en esa escalerilla? —A lo que la abuela le paró el trote indicando:

—¡Objetable! En tiempos más complicados, ustedes correataron por nuestra casa en una escalera de edades similar a la de mis nietos. Así que la decisión está tomada. Además, tan solo serán poco más de treinta y dos horas y con ustedes hemos lidiado por más años y muchas más horas, por supuesto.

—Informen a los niños y nos dicen por acá sus respuestas.

Algunos seguían presentando objeciones, ignoradas todas, sin considerar. Empezaron a llegar las respuestas de los niños y niñas, que eran los protagonistas en esta oportunidad.

Al teléfono el audio de Carolina que decía a la abuela:

—La pasaremos genial. ¡Abuela, para ese año ya seré mayor! ¡Tendré siete años!

—Entonces no se diga más, el regalo ya ¡está entregado! Empecemos a planificar.

—Primero la selección de los platos y bebidas a disfrutar.

—Corre por parte de los abuelos esa actividad. Esperamos sus aportes para mejorar. Para todos es vital presentar en esa cata postres de diversas partes de Venezuela, especialmente de las localidades donde viven los niños, con datos precisos de cada lugar.

Al efecto, durante los once meses por muy diversas vías, tías y tíos enviaron sus propuestas a *Quisiera Contarte*, acompañadas de fotos, músicas y video que representaban a Caracas, Ciudad Guayana, Maracay y Barlovento. En las listas de dulces, los dulces de batata, de leche, de martinica, de cabello de ángel y de lechosa también, quesillos de coco y de vainilla, arroz con coco y arroz con leche, catalinas y pata de burro, jalea de mango y majarete, el besito de coco, delicadas de guayaba, polvorosas y de invitadas de honor las cafungas. En cuanto a bebidas la lista era mucho más corta, competían la tizana con la chicha de arroz, el papelón con limón y la cocada, para proponer como invitado de honor al chocolate caliente.

Al final, la lista de dulces seleccionados la manejaron los abuelos con total hermetismo, por más que todos intentaron conocer con antelación las delicias seleccionadas, la selección se mantuvo en secreto.

Ya para noviembre, la abuela visitó a sus hijos para afinar algunos detalles finales e indicó:

—*Quisiera Contarte* que la ayuda que brindarán ustedes en colectivo para la cata infantil de dulces, será la de proporcionar siete metros de tela de algodón de color blanco. Además de siete metros de tela del mismo material, con rayas blancas y negras o cuadriculada, cualquiera es igual, nueve sillas y dos mesas pequeñas de madera.

—¿Y eso para qué? —preguntaban con curiosidad cada uno de sus hijos una y otra vez. Preguntas que quedaban sin respuesta.

—Las necesitamos y por ahora con eso bastará. Entréguenlas sin falta en Barlovento antes de la segunda semana de enero y luego verán. A partir del primero de agosto se recluiría en casa, sin recibir visitas hasta el segundo sábado de agosto, fecha pautada para la cata.

Entre idas y venidas transcurrió el año con *Quisiera Contarte* y *Joven Aún*, muy ocupados arreglando todo para evitar carreras de última hora. Por ser un evento muy especial el que tenían programado, la abuela decidió preparar los servicios de cada uno de sus nietos con los cubiertos, platos y vasos reservados para fiestas especiales. Eso sin ningún temor a accidentes que pusieran en peligro la seguridad de los niños o sus implementos, ya que sus angelitos desde edades muy tempranas manejaban esos materiales con total destreza.

Así pasaron al gabinete de la Sala de Tertulias, nueve cucharas, cuchillos y tenedores de plata heredados de la abuela Juana (la mamá de *Quisiera Contarte* y bisabuela de Carolina). Hasta allí también llegaron los camisones sin cuello y mangas tres cuartos, junto a los pantalones pata de gallo elaborados por la abuela como uniforme para sus pequeñines, con sus nueve servilletas de hilo y los pequeños manteles para las mesas.

El abuelo *Joven Aún*, encantado de participar en la entrega final del regalo para Carolina, se ocupó de pintar paredes, puertas y ventanas, pues todo debía estar perfecto y ambientado para la gala y logró sacar brillo al piso de cemento a fuerza de pulmón.

Como era costumbre, el 23 de julio celebraron el cumpleaños de Carolina con la asistencia de los abuelos, quienes entregaron las tarjetas de invitación con una letra hermosa que todos sabían venía de las manos de *Joven Aún*. Con el nombre en letra cursiva, día, lugar y fecha de la actividad, con una nota al pie indicando que la invitación era para una sola persona y no incluía adultos.

Luego de cantar el Cumpleaños Feliz y picar la torta, Carolina se acercó a la abuela y le dijo muy bajito, como para que nadie escuchara,

—*Quisiera Contarte*, ¿qué es una cata de dulces? — cayendo en cuenta la abuela que ese detalle debía ser resuelto de inmediato y respondió en el mismo tono.

—¡Es hora de tertulia! —Dijo mientras pasaban a la sala y expresó en voz categórica.

—Quisiera contarte que requiero un poquito del tiempo de mis nietos. ¡Por favor!

—¡Al salón de Tertulias! —Cada niño tomó su plato con su trozo de torta, quesillo y gelatina y de manera disciplinada acompañando a la abuela. Solo faltaron Miranda y Sofía que ya se dormían.

—En tres semanas *Joven Aún* y yo los esperamos en Barlovento para la *1era Cata Infantil de Dulces*.

—¿Qué es una cata? —preguntó Ana, que ya ocupaba el primer lugar.

—Es casi lo mismo que están haciendo con los postres que tienen en sus platos, solo que en la cata deben

utilizar todos los sentidos para disfrutar en su totalidad lo que comerán.

De inmediato, exclamó Valentina.

—¡Yo sé cuáles son los sentidos abuela! ¿Los puedo decir?

—¡Por supuesto!, adelante —indicó la abuela.

—Señalando en su cuerpo cada uno de ellos, decía— vista, oído, olfato, gusto y tacto. Mientras, los demás la seguían.

—¿Y cómo suenan los dulces? Yo nunca los oigo —preguntó Gabriela.

—Tienes razón, Gabriela, para escucharlos hay que prestar mucha atención. —Les pidió que cerraran los ojos, tomó un caramelo entre las manos, golpeó la mesa con el y preguntó:

—¿Qué dulce piensan que sea? —Y, de inmediato, todos dijeron que era un caramelo y abrieron los ojos para confirmar que era así.

—De nuevo cierren los ojos —tomó una galleta de soda entre sus manos, la partió por la mitad y repitiendo la pregunta anterior —¿qué dulce piensan que sea?

Todos reconocieron que se trataba de una galleta y que además era de soda.

—¡Guau!, es cierto los dulces tienen sonidos —dijo Gabriela, sorprendida de ese descubrimiento.

—Solo una cosa más, a partir de hoy vean, huelan, escuchen y toquen cada alimento y bebida antes de saborear. Esa será una manera de preparar sus sentidos para la Cata.

—A partir de hoy no podrán comer ningún dulce hasta nuestra próxima cita. Ahora a dormir que la fiesta seguirá allá en Barlovento —completó el abuelo—, ya se deben ir.

Durante los casi veintidós días que mediaron para la cata, practicar con las comidas, como había recomendado la abuela, ayudó a que los días pasarán sin mayor dificultad. Con los papás y mamás desesperados al ver a los niños esperar los platos en cada comida, con los ojos cerrados y tomarse un tiempo para olerlos, tocarlos con los cubiertos comprobando si sonaban y luego con las manos reconociendo tanto temperaturas como texturas, para al final mirar con mucho interés cada alimento y llevarlos a la boca degustando como nunca las comidas de la casa.

A las seis de la mañana, sonó el teléfono en la casa de Carolina, era la abuela *Quisiera Contarte*.

—Espero a los nietos a las diez de la mañana en punto para almorzar juntos y luego iniciar la jornada de la cata. A esa hora ya todos estaban despiertos, terminando de arreglar las maletas con las cosas necesarias para dormir esa noche con los abuelos.

Se sentía el gran alboroto, pues esa noche para facilitar el viaje, habían dormido todos en casa de Carolina, iniciando el fin de semana con una noche de pijamas, sin nada de dulces ni refrescos, solo agua y pastelitos de queso, para no casar el gusto, siguiendo las recomendaciones precisas que les había dado *Joven Aún*.

Luego de la llamada telefónica, la abuela *Quisiera Contarte* decidió que correspondía realizar la última revisión y corroborar que todo estuviese a punto. Se dirigió a la Sala de Tertulias y observó las mesas con sus manteles y sillas debidamente ordenadas, las servilletas y servicios en cada puesto, incluidos el de ella y el de *Joven Aún*; la ambientación musical a tono y los videos listos para ser proyectados. En la mesa principal dos grandes jarras de agua y diversas bandejas con los postres acompañando a estas unas jarras con gorros, a las que no se podía ver el interior. Concluida la revisión de las bebidas y postres pasó al gabinete y de allí extrajo los trajes de sus invitados para llevarlos a los cuartos, donde luego de almorzar, descansar un rato y bañarse, los niños se alistarían para la cata. Allí mismo estaban al lado de cada traje un par de cotizas cerradas de color negro, los zapatos que complementaban los atuendos de los catadores invitados.

En cuanto a los dulces de la cata resultaron seleccionados como postres y bebidas los que tienen como ingredientes principales cambur maduro (la cafunga), lechosa (el dulce de lechosa), yuca (la torta de yuca y los buñuelos), auyama (el flan de auyama), arroz (la chicha de arroz), coco (majarete y besitos) y además de un refrescante papelón con limón, acompañado de catalinas blancas y negras. Para la cena unos bollitos de maíz tierno con queso guayanés, traídos expresamente por uno de los amigos de la abuela que conocen a Carolina y también deseaban agasajarla.

Ahora tan solo quedaba terminar el almuerzo que con inmenso cariño el abuelo preparaba en la cocina, empleando todo el conocimiento culinario adquirido durante años, desde que papá Aniceto le enseñó cómo la cocina vincula al ser humano con su identidad como persona y familia.

Un suculento lebranche, con tostones y arepa, el plato favorito de *Joven Aún*, que por su exquisito sabor se había convertido en el favorito de la familia, invitado de honor en todo evento o acontecimiento importante que merecía ser acompañado con una comida.

A las diez de la mañana, según lo convenido, llegó la tropa, recibéndolos los abuelos en la entrada de la casa con los ritmos del quitiplás, interpretados por el ensamble de siete niños y niñas de diversas edades que hacen del quitiplás un símbolo inequívoco del sabor barloventeño.

Convocatoria realizada por *Joven Aún*, en recuerdo a la noche de san Juan en la que Carolina vino al mundo, aun cuando es conocido de todos que este no es un instrumento que se suela tocar en las noches de san Juan. Sin embargo, reconocido por su sonoridad, como lo más cercano a los sonidos de la naturaleza. Esos que llaman a defender la identidad, musicalidad y herencia de nuestras tierras.

Ritmo e instrumento típico de la zona mirandina, conformado por cuatro cuerpos de madera, elaborados de ramas secas de bambú, con cuerpos sólidos capaces de producir vibraciones que a su vez generan sonidos armónicos cerrados

o abiertos provocados al tapar la parte superior del bambú, cuando se chocan contra el suelo o entre ellos.

Al oír el ritmo, Carolina soltó su cabello y comenzó a bailar. Sacó su quitiplás del macuto y se incorporó con facilidad al ensamble de los tamboreros, replicando la melodía del conjunto e improvisando a gusto, libremente y sin perder la base o el acento jamás, mostrando sus avances con el quitiplás. Sorprendió a todos y sonrió pícaramente a *Joven Aún*, que sí conocía de sus grandes progresos.

Luego de disfrutar del toque, todos pasaron al comedor a degustar con deleite del mejor almuerzo del mundo, sintiendo el ritmo del quitiplás, resonando en todos los espacios de la casa.

Finalizado el almuerzo, despidieron a los músicos y entregaron a cada uno un paquetico con pequeñas muestras de los postres que degustarían los niños durante la cata. Enseguida, cada tío asumió su tarea con prontitud y en menos de veinte minutos el comedor y la cocinan de nuevo mostraban el orden y la limpieza que acostumbraban los anfitriones.

Llegadas las dos de la tarde entre abrazos, besos y bendiciones, partieron los tíos y tías, dejando su preciosa carga bajo la responsabilidad de los abuelos. Desde la puerta de la casa veintidós manos decían adiós, mientras Miranda corría buscando su caballito de san Juan en el corral de fantasías que la abuela tenía cerca de la nevera para evitar que el caballito se escapara, al querer buscar a su dueña.

Una vez cerrada la puerta, los abuelos dieron inicio a la que sería en las historias de la familia la segunda parte

del cumpleaños número seis de Carolina, ese que celebraron cuando ella era grande, pues ya había cumplido sus siete años.

Ya eran las tres de la tarde y tocaba descansar un rato para hacer la digestión y ganar energía para la siguiente tanda, la actividad central que los había convocado. Con cierta curiosidad pasaron a los cuartos, donde la abuela recorrió las cortinas y abrió las ventanas para que los sonidos y aromas de Barlovento le llegaran al corazón, el lugar que resguarda los mejores recuerdos. Así se activaban entre sueños todos los sentidos. Esos que los hacían imaginar a la abuela cosechando los cambures y las hojas de plátano para las cafungas.

A las cuatro sonó la campana que empleaban los abuelos para avisar el fin y el inicio de una actividad. En ese momento avisaba el fin del descanso de la tarde y la hora de bañarse para colocarse los trajes preparados por la abuela para la gran celebración.

En orden y con premura cada uno procedió a bañarse, siempre bajo la supervisión de los abuelos, quienes se encargaron en persona de bañar y vestir a Sofía, Miranda, Valentina, Paolo, Ana y Santiago, mientras con orden y prontitud Carolina como nieta mayor ayudaba en su rol de anfitriona, a los primos Gabriela, Santiago y Miguelangel. Cada uno con su toalla en mano, cepillo de dientes y peine, listo para dar los siguientes pasos, ordenar las camas, poner a secar las toallas, ponerse el traje y los zapatos preparados por *Quisiera Contarte*, sin aplicarse agua de colonia o perfume como había instruido *Joven Aún*, para no distraer los sentidos.

Transcurrido el tiempo estipulado por los abuelos, de nuevo *Quisiera Contarte* estaba en los cuartos contando y revisando que estuviese lista la tropa de los chiquilines, arrancando con su pase de lista que todos conocían y sabían cómo responder, respetando el orden de las edades.

—¡Bueno! ¿Estamos listos? —decía la abuela y todos contestábamos al unísono —¡Sí! Entonces a contar a los pollitos: ¿uno? —Con voz clara decía la abuela y respondió Carolina acercándose a la puerta: —¡Lista!

—¡Perfecto! —dijo la abuela.—, ¿dos?

—¡Listo! —respondió Santiago.

—¡Perfecto! —repitió la abuela.—, ¿tres?

—¡Lista! —contestó Ana.

—¡Esto está muy bien! —Siguió destacando la abuela— ¿cuatro?

—¡Lista! —contestó Gabriela y ayudó a las primas a recogerse el cabello. Muy claro lo dijo la abuela todos los cabellos recogidos.

Llegó el turno de Paolo, Sebastián y Miguelangel, para responder a los números:

—¿Cinco, seis y siete?

—¡Listos! —respondieron sonoramente.

—¿Y las más chiquiticas de la casa, Sofía, Valentina y Miranda?

—¡Listas también, *Quisiera Contarte*!

Allí el momento de las primeras fotos, los diez nietos con sus camisones blancos, sus pantalones de pata de gallo

y las cotizas, muy profesionales para disfrutar de lo que fue el mejor día de su vida. Ese en el que descubrieron algunos que serían agricultores, para sembrar bastantes cosas ricas; otros, chef de cocina, con bastantes ganas de preparar dulces y lebranche; otros, reporteros para elaborar historias de Venezuela; alguna quizás química, interesada en saber el porqué de cada reacción y, otros tan solo abuelos o abuelas como *Joven Aún* y *Quisiera Contarte*, para organizar la 2da Cata Infantil de Dulces, para invitar a todos los nietos de Venezuela y quizás hasta del mundo.

Acicalados, corrieron en tropel hacia la entrada de la Sala de Tertulias. Allí *Joven Aún* franqueaba la puerta, deteniendo la carrera de los catadores e indicó a cada uno su puesto. El lugar exacto donde los esperaban sus juegos de servicio, el vasito con agua y la servilleta con sus iniciales bordadas, para participar ya formalmente en la cata. Llegó a la segunda ronda de fotos, con cada uno en su puesto y los abuelos junto a Carolina iniciando la degustación. Recibieron cada bocado con los ojos cerrados y disfrutaron del olor, sonido, textura, presentación y finalmente el sabor de postres y bebidas, con un fondo musical suavcito que amerizaba el ambiente y las exposiciones de videos a través de las cuales se veía en micros corticos, a la abuela explicar cada receta.

Ver la mesa rebosante de dulces y bebidas podría predecir una noche de estragos, pero nada más alejado de la realidad. De cada dulce o bebida, una pequeña porción invitaba a identificar sus sabores y olores, para luego conocer su

nombre. Ese cuyo recuerdo quedaría grabado para siempre en la memoria de los catadores. Probar, degustar, tomar un poquito de agua para limpiar el paladar y prepararse a recibir el próximo bocado. Con descansos de minutos, hasta probar todo y elegir al final cuál había sido el más rico, para declarar el dulce y la bebida favorita de los chiquilines, con la tercera ronda de fotografías.

Al cerrar la actividad recibía cada uno el diploma que los acreditaba como *Catadores Infantiles de Dulces*. Credenciales elaboradas por el abuelo, como regalo para los invitados. Una hermosa fiesta en la cual el cotillón era un traje de chef para niños, un diploma y una paleta, para ayudar en casa a preparar las recetas de dulces de los abuelos que irían al Cofre de los Tesoros del que siempre habla *Quisiera Contarte*.

Por tratarse de un día de fiesta, concluida la degustación, descansaron un rato los niños, para luego meterla a las cachapas con queso guayanés, con numerosas jornadas de fotos, que salían de manera inmediata a través de los celulares, con los papás pegados a los teléfonos esperando los videos. A las nueve de la noche ya nadie daba para más, solo quedaba la energía necesaria para llevar lo que quedó a la nevera, limpiar y ordenar la Sala de Tertulias, a cargo de *Joven Aún*; mientras *Quisiera Contarte* y Carolina fregaban y guardaban las vajillas, vasos y cubiertos.

Después a lavarse los dientes, todos a dormir, esa era la orden final. Una de las pocas noches sin necesidad de cuen-

tos para conciliar el sueño, por el cansancio acumulado antes durante y después de la jornada. Despertaron al día siguiente como es común en Barlovento, con el cantar del primer gallo, para disfrutar al máximo el rato con los abuelos que desde muy temprano tenían listo un revoltillo de hígado de pollo para comer con arepas acompañadas de un chocolate caliente que toman en casa de la abuela haga frío o haga calor, con unos dados de queso guayanés que son un primor.

Luego de desayunar y preparar las maletas, continuó la fiesta y *Quisiera Contarte* indicó que tenían para ellos algunos juguetes que habían sido elaborados en casa, con los que jugaban los tíos y tías cuando tenían más o menos la misma edad de ellos. Pasaron al cuarto de los abuelos y allí vieron un baúl color caoba oscura, con tapa en forma de pirámide, de poco más de un metro de largo, por setenta y cinco centímetros de ancho y uno metro de altura, lustroso y muy bien cuidado, con una apertura al frente en forma de cerradura.

De manera solemne pero feliz, la abuela dijo:

—*Quisiera Contarte* que, cuando sus papás tenían la misma edad de ustedes, no existían los videojuegos, ni las computadoras, ni patinetas de motor. Sin embargo, los niños se divertían tomando como parte de la diversión crear juguetes que sirvieran para generar sonidos, ejercitar el cuerpo, desarrollar destrezas o mostrar habilidades. En este baúl, atesoró algunos de esos juguetes, los cuales queremos compartir con ustedes en este día. Se los ofrecemos como cofre de tesoros para que

guarden acá los juguetes que quieran conozcan los niños que, en un futuro serán los invitados a la *2da Cata Infantil de Dulces*, en esta o en otra casa donde viva la abuela que decida ser la nueva cuentacuentos

—Este —dijo la abuela— pasa a ser el baúl de tesoros de ustedes, procediendo a entregarle la llave del mismo a Carolina. Una llave antigua, adosada a un llavero que parecía la réplica de un tambor que se toca en colectivo, de esos que llaman mina.

—Procede, Carolina. ¿Estas preparada? Abran el baúl y revisen todo lo que quieran. Si tienen algo que preguntar estaremos por allí. Pongan a trabajar la imaginación. Gracias a *Joven Aún*, ustedes conocen muchos de estos juguetes. Tan solo que estos están un poco más viejos y son de materiales distintos a los que se pueden encontrar hoy. Junto a ustedes, estos juguetes que tienen más de veinte años guardados despertarán, esperando conocer los nuevos aportes de la tecnología para el entretenimiento de los niños. Si quieren luego pasamos el baúl a nuestra Sala de Tertulias. Allí podrán revisarlo siempre que quieran.

La curiosidad despertó en los niños, extrayendo del baúl gran parte de su contenido. Allí consiguieron muy bien etiquetados y guardados en bolsas de plástico y sacos de yute, los tres tomos del *Libro Gordo de Petete* y se preguntaron «¿Quién era Petete?» ¿Sería uno de los tíos o un familiar que escribía libros? También estaba un juego de metras de diversos colores y tamaños, cuentas de cristal con adornos internos muy hermosos. Varias muñecas de trapo, con sus teteros y coches.

Unos bates de béisbol de aluminio. Unas caricaturas tituladas Tamakún, con unas revistas que decían en grandes letras Tricolor, Batman y Robin, Superman y otros personajes. Unos más conocidos que otros, en los recuerdos de los niños.

En el fondo, muy en el fondo una patineta con volante de cabuyas. Era cierto quedaba mucho por conocer y tiempo de sobra para hacerlo.

A las diez de la mañana llegaron los tíos para saludar a los abuelos y retirar a sus críos, con las bolsas llenas de tortas, de dulces, lebranche y otros regalitos que *Quisiera Contarte* había preparado como prueba de la actividad.

En las cajas de arena los gatos y piscinas de tierra los morrocayos. Todos muy felices dando así por concluida la jornada de la cata y la fiesta de cumpleaños de Carolina.

FIN

Nota de la autora:

Quisieras contarme. ¿Qué son para ti las abuelas? ¿Cómo se llaman tus abuelas? ¿Ya las bautizaron como abuelas? ¿Quiénes las bautizaron? ¿Esa manera de llamarlas, la conocen otros miembros de la familia y amigos comunes o es algo íntimo entre abuelas y nietos? ¿Qué nombre les dan a otras abuelas que conoces? ¿Cuántas abuelas hay en tu familia? ¿Las conoces todas?

Invitación: Te invitó a organizar un compartir para agasajar a todas las abuelas de tú familia. Es una inmensa bendición tenerlas en nuestras vidas. Si hay bisabuelas y tatarabuelas mejor aún y si tienen Tatarabuelas, súper extraordinario. Quizás allí conozcas a otros nietos, bisnietos, tataranietos y hasta choznos de tu familia.

Índice

Sinopsis	9
Los nombres de las abuelas	11
El apodo antes del bautizo	13
Carolina, <i>la nieta primogénita y la familia</i>	21
El abuelo Joven Aún	24
La llegada de Carolina a la familia y a la vida de la abuela <i>Quisiera Contarte</i>	27
¿Qué es cumplir años?	33
El bautizo de la abuela <i>Quisiera Contarte</i>	38
De los cuentos a las tertulias	41
Un nido de ideas que algunos creen es de pajaritos	51
Soy grande, ya tengo siete años	54
La playa de las casas de los cangrejos	59
El lebranche, legado de familia	69
Un amor que nació de pronto y sin aviso	79
¡Queremos mascotas!	86
Así nos hicimos semilleristas	92
El regalo para Carolina: la primera cata infantil de dulces	103

La Abuela Quisiera Contarte

Se imprimió en el mes de noviembre de 2022
en la Imprenta Bicentenario de Carabobo
Caracas, Distrito Capital, Venezuela
Son 1.000 ejemplares





«agua viva en los caños solitarios
el árbol de la vida ondea
un romance de pájaros
arropa en la espesura
al que bebe con la mano».

LAS FORMAS DEL FUEGO

INFANTIL

*L*a *Abuela Quisiera Contarte* es en realidad la abuela Aura, quien construye junto a su nieta Carolina los días de tertulia que comienzan al cumplir la niña sus 6 añitos y se prolongan por muchísimos años transformando ese intercambio en un ritual que repiten las mujeres de la familia hasta nuestros días. Con largas conversaciones entre la abuela y su nieta, van conociendo y reconociendo todo lo que pueden compartir acerca de un país, su territorio, gastronomía, costumbres y tradiciones, que Carolina apenas comienza a entender como parte de su identidad.

MARÍA EUGENIA MONZÓN GALLEGOS

Nació en Maracay, estado Aragua. Es ingeniera civil egresada de la Universidad Central de Venezuela, esposa y madre de dos hijos, se reconoce como cacaocultora por herencia de su padre Domingo Esteban Monzón, barloventeño y profesor universitario, y de su madre, Aura Gallegos. A esta sucesión se suma su experiencia —que concibe como homenaje a su familia y aporte a la cultura ancestral venezolana— en la empresa chocolatera Cacao Cerro Azul. Es productora y conductora radial, columnista de periódicos digitales, y ha trabajado por más de treinta años en la Corporación Venezolana de Guayana.



IMPRESO EN TIEMPOS DE
GUERRA ECONÓMICA
CONTRA VENEZUELA



 Gobierno Bolivariano
de Venezuela

Ministerio del Poder Popular
para la Cultura



LA ABUELA QUISIERA CONTARTE

MARÍA EUGENIA MONZÓN